

MÍSTICA CIUDAD DE DIOS: PARTE 7

165. El tercero dote es fruición y corresponde a la caridad que no se acaba (1 Cor 13, 8), pero se perfecciona en la gloria; porque la fruición consiste en amar al sumo Bien poseído, y esto hace la caridad en la patria, donde así como le conoce y tiene como él es en sí mismo, así también le ama por sí mismo. Y aunque ahora, cuando somos viadores, le amamos también por sí mismo, pero es grande la diferencia: que ahora le amamos con deseo y le conocemos no como él está en sí, mas como se nos representa en especies ajenas o por enigmas (1 Cor 13, 8), y así no perfecciona nuestro amor, ni con él nos quietamos, ni recibimos la plenitud de gozo, aunque tengamos mucho en amarle. Pero a su vista clara y posesión verémosle como él es en sí mismo y por sí mismo y no por enigmas, y por eso le amaremos como debe ser amado y cuanto podemos amarle respectivamente, y perfeccionará nuestro amor, quietados ¹³ con su fruición, sin dejarnos qué desear.

166. De este dote tuvo María santísima más condiciones que de todos en algún modo; porque su amor ardentísimo, dado que en alguna condición fuese inferior al de los bienaventurados, cuando estaba sin visión clara de la divinidad, fue superior en otras muchas excelencias, aun en el estado común que tenía. Nadie tuvo la ciencia divina que esta Señora, y con ella conoció cómo debía ser Dios amado por sí mismo; y esta ciencia se ayudaba de las especies y memoria de la misma divinidad que había visto y gozado en más alto grado que los Ángeles. Y como el amor le medía con este conocimiento de Dios, era consiguiente que en él se aventajase a los bienaventurados en todo lo que no era la inmediata posesión y estar en el término para no crecer ni aumentarse. Y si por su profundísima humildad permitía el Señor o condescendía con dar lugar a que

obrando como viadora temiese con reverencia y trabajase por no disgustar a su amado, pero este receloso amor era perfectísimo y por el mismo Dios, y en ella causaba incomparable gozo y delectación correspondiente a la condición y excelencia del mismo amor divino que tenía.

167. En cuanto a los dotes del cuerpo que redundan en él de la gloria y dotes del alma, y son parte de la gloria accidental de los bienaventurados, digo que sirven para la perfección de los cuerpos gloriosos en el sentido y en el movimiento, para que en todo lo posible se asimilen a las almas y sin impedimento de su terrena materialidad estén dispuestos para obedecer a la voluntad de los santos, que en aquel estado felicísimo no puede ser imperfecta ni contraria a la voluntad divina. Para los sentidos han menester dos dotes: uno que disponga para recibir las especies sensitivas, y esto perfecciona el dote de la claridad; otro para que el cuerpo no reciba las acciones o pasiones nocivas y corruptibles, y para esto sirve la impasibilidad. Otros ha menester para el movimiento: uno para vencer la resistencia o tardanza de parte de su misma gravedad, y para esto se le concede el dote de agilidad; otro ha menester para vencer la resistencia ajena de los otros cuerpos, y para esto sirve la sutilidad. Y con estos dotes vienen a quedar los cuerpos gloriosos, claros, incorruptibles, ágiles y sutiles.

168. De todos estos privilegios tuvo parte en esta vida nuestra gran Reina y Señora. Porque el dote de la claridad hace capaz al cuerpo glorioso de recibir la luz y despedirla juntamente de sí mismo, quitándole aquella oscuridad opaca e impura y dejándole más transparente que un cristal clarísimo. Y cuando María santísima gozaba de la visión clara y beatífica participaba su virginal cuerpo de este privilegio sobre todo lo que

alcanza el entendimiento humano. Y después de estas visiones le quedaba un linaje de esta claridad y pureza que fuera admiración rara y peregrina, si se pudiera percibir con el sentido. Algo se le manifestaba en su hermosísimo rostro, como diré adelante, en especial en la tercera parte (Cf. infra n. 219, 329, 422, 560; p. III n. 3, 6, 40, 449, 586, etc.) , aunque no todos la conocieron ni la vieron de los que la trataban, porque el Señor le ponía cortina y velo, para que no se comunicase siempre ni indiferentemente. Pero en muchos efectos sentía ella misma el privilegio de este dote, que en otros estaba como disimulado, suspenso y oculto, y no reconocía el embarazo de la opacidad terrena que los demás sentimos.

169. Conoció algo de esta claridad Santa Isabel, cuando viendo a María santísima exclamó con admiración y dijo (Lc 1, 43): ¿De dónde me vino a mí que venga la Madre de mi Criador adonde yo estoy?— No era capaz el mundo de conocer este sacramento del Rey, ni era tiempo oportuno de manifestarle, pero en algo tenía siempre el rostro más claro y lustroso que otras criaturas, y lo restante tenía una disposición sobre todo orden natural de los demás cuerpos y causaba en ella una como complexión delicadísima y espiritualizada, y como un cristal suave animado que para el tacto no tuviera aspereza de carne, sino una suavidad como de seda floja muy blanda y fina; que no hallo otros ejemplos con que darme a entender. Pero no parecerá mucho esto en la Madre del mismo Dios, porque le traía en su vientre y le había visto tantas veces, y muchas cara a cara; pues a Moisés, de la comunicación que tuvo en el monte con Dios, mucho más inferior que la de María santísima, no podían los hebreos mirarle cara a cara ni sufrir su resplandor cuando bajó del monte (Ex 34, 30). Y no hay duda que si con especial providencia no ocultara el Señor y detuviera la claridad que la cara y el cuerpo de su purí-

sima Madre despidiera de sí, ilustrara el mundo más que mil soles juntos y ninguno de los mortales pudiera naturalmente sufrir sus refulgentes resplandores, pues aun estando ocultos y detenidos descubría en su divino rostro lo que bastaba para causar en todos cuantos la miraban el efecto que en San Dionisio Areopagita, cuando la vio (Cf. la nota 3 del cap. 4 del libro 1).

170. La impasibilidad causa en el cuerpo glorioso una disposición por la cual ningún agente, fuera del mismo Dios, lo puede alterar ni mudar, por más poderosa que sea su virtud activa. De este privilegio participó nuestra Reina en dos maneras: la una, en cuanto al temperamento del cuerpo y sus humores, porque los tuvo con tal peso y medida, que no podía contraer ni padecer enfermedades, ni otras pensiones humanas que nacen de la desigualdad de los cuatro humores, y por esta parte era casi impasible; la otra fue por el dominio e imperio poderoso que tuvo sobre todas las criaturas, como arriba se dijo (Cf. supra n. 18, 30, 43, 56, 60), porque ninguna la ofendiera sin su consentimiento y voluntad. Y podemos añadir otra tercera participación de la impasibilidad, que fue la asistencia de la virtud divina correspondiente a su inocencia. Porque si los primeros padres en el paraíso no padecieran muerte violenta si perseveraran en la justicia original, y este privilegio gozaran no por virtud intrínseca o inherente —porque si les hiriera una lanza pudieran morir—, sino por virtud asistente del Señor que los guardara de no ser heridos, con mayor título se le debía esta protección a la inocencia de la soberana María, y así le gozaba como Señora, y los primeros padres le tuvieron, y tuvieron sus descendientes como siervos y vasallos.

171. No usó de estos privilegios nuestra humilde Reina, porque los renunció para imitar a su Hijo santísimo y merecer y cooperar a nuestra redención; que por todo

esto quiso padecer y padeció más que los mártires. Y con razón humana no se puede ponderar cuántos fueron sus trabajos, de los cuales diremos en toda esta divina Historia dejando mucho más, porque no alcanzan las razones y términos comunes a ponderarlo. Pero advierto dos cosas: la una, que el padecer de nuestra Reina no tenía relación a las culpas propias, que en ella no las había, y así padecía sin la amargura y acedía que está embebida en las penas que padecemos con memoria y atención a nuestros propios pecados y en sujetos que los han cometido; la otra es que para padecer María santísima fue confortada divinamente en correspondencia de su ardentísimo amor, porque no pudiera sufrir naturalmente el padecer tanto como su amor le pedía, y por el mismo amor la concedía el Altísimo.

172. La sutilidad es un privilegio que aparta del cuerpo glorioso la densidad o impedimento que tiene por su materia cuantitativa para penetrarse con otro semejante y estar en un mismo lugar con él; y así el cuerpo sutilizado del bienaventurado queda con condiciones de espíritu, que puede sin dificultad penetrar otro cuerpo de cantidad y sin dividirlo ni apartarlo se pone en el mismo lugar, como lo hizo el cuerpo de Cristo Señor nuestro saliendo del sepulcro y entrando a los Apóstoles cerradas las puertas (Jn 20, 19) y penetrando los cuerpos que cerraban aquellos lugares. Participó este dote María santísima no sólo mientras gozaba de las visiones beatíficas, pero después le tuvo como a su voluntad para usar de él muchas veces, como sucedió en algunas apariciones que hizo corporalmente en su vida, como adelante diremos (Cf. infra p. III n. 193, 325, 352, 399, 560, 562, 568), porque en todas usó de esta sutilidad penetrando otros cuerpos.

173. El último dote de la agilidad sirve al cuerpo glorioso de virtud tan poderosa para moverse de un lugar

a otro que sin impedimento de la gravedad terrestre se moverá de un instante a otro a diferentes lugares, al modo de los espíritus, que no tienen cuerpo y se mueven por su misma voluntad. Tuvo María santísima una admirable y continua participación de esta agilidad, que especialmente le resultó de las visiones divinas; porque no sentía en su cuerpo la gravedad terrena y pesada que los demás, y así caminaba sin la tardanza que los demás y sin molestia pudiera moverse velocísimamente sin sentir quebranto y fatiga como nosotros. Y todo esto era consiguiente al estado y condiciones de su cuerpo tan espiritualizado y bien formado. Y en el tiempo de los nueve meses que estuvo preñada, sintió menos el gravamen del cuerpo, aunque, para padecer lo que convenía, daba lugar a las molestias para que obrasen en ella y la fatigasen. Con tan admirable modo y perfección tenía todos estos privilegios y usaba de ellos, que yo me hallo sin palabras para explicar lo que se me ha manifestado, porque es mucho más que cuanto he dicho y puedo decir.

174. Reina del cielo y Señora mía, después que vuestra dignación me adoptó por hija, quedó vuestra palabra en empeño de ser mi guía y mi maestra. Con esta fe me atrevo a proponeros una duda en que me hallo: ¿Cómo, Madre y Dueña mía, habiendo llegado vuestra alma santísima a ver y gozar de Dios las veces que Su Majestad altísima lo dispuso, no quedó siempre bienaventurada? Y ¿cómo no decimos que siempre lo fuisteis, pues no había en vos culpa alguna ni otro óbice para serlo, según la luz que de vuestra excelente dignidad y santidad se me ha dado?

Respuesta y doctrina de la misma Reina y Señora nuestra.

175. Hija mía carísima, tú dudas como quien me ama y

preguntas como quien ignora. Advierte, pues, que la perpetuidad y duración es una de las partes de felicidad y bienaventuranza destinada para los Santos, porque ha de ser del todo perfecta; y si fuera sólo por algún tiempo, faltárale el complemento y adecuación necesaria para ser suma y perfecta felicidad. Y tampoco es compatible por ley común y ordinaria que la criatura sea gloriosa y esté juntamente sujeta a padecer, aunque no tenga pecado. Y si en esto se dispensó con mi Hijo santísimo, fue porque siendo hombre y Dios verdadero no debía carecer de la visión beatífica su alma santísima unida a la divinidad hipostáticamente; y siendo juntamente Redentor del linaje humano, no pudiera padecer ni pagar la deuda del pecado, que es la pena, si no fuera pasible en el cuerpo. Pero yo era pura criatura y no siempre había de gozar de la visión debida al que era Dios, ni tampoco me podía llamar siempre bienaventurada, porque sólo de paso lo era. Y con estas condiciones estaba bien dispuesto que padeciese a tiempos y gozase a otros, y que fuese más continuo el padecer y merecer que aquel gozar, porque era viadora y no comprensora.

176. Y dispuso el Altísimo con justa ley que las condiciones de la vida eterna no se gocen en la mortal (Ex 33, 20) y que el venir a la inmortalidad sea pasando por la muerte corporal y precediendo los merecimientos en estado pasible, cual es el de la vida presente de los hombres. Y aunque la muerte en todos los hijos de Adán fue estipendio (Rom 6, 23) y castigo del pecado, y por este título yo no tenía parte en la muerte ni en los otros efectos y castigos del pecado, pero el Altísimo ordenó que yo también entrase en la vida y felicidad eterna por medio de la muerte corporal, como lo hizo mi Hijo santísimo; porque en esto no había inconveniente para mí y había muchas conveniencias en seguir el camino real de todos y granjear grandes frutos de merecimientos y gloria por medio del padecer y morir. Otra conveniencia

había en esto para los hombres, que conociesen cómo mi Hijo santísimo y yo, que era su Madre, éramos de verdadera naturaleza humana como los demás, pues éramos mortales como ellos. Y con este conocimiento venía a ser más eficaz el ejemplo que dejábamos a los hombres para imitar en la carne pasible las obras que nosotros habíamos hecho en ella, y todo redundaba en mayor gloria y exaltación de mi Hijo y Señor, y mía. Y todo esto se evacuara en mucha parte, si fueran continuas en mí las visiones de la divinidad. Pero después que concebí al Verbo eterno, fueron más frecuentes y mayores los beneficios y favores, como de quien ya le tenía por más propio y más vecino.

177. Con esto respondo a tus dudas. Y por mucho que hayas entendido y trabajado para manifestar los privilegios y efectos que yo gozaba en la vida mortal, no será posible que alcances todo lo que en mí obraba el brazo poderoso del Altísimo. Y mucho menos de lo que entiendes podrás declarar con palabras materiales. Advierte ahora a la doctrina consiguiente a la que te enseñé en los capítulos precedentes. Si yo fui el ejemplar que debes imitar, recibiendo la venida del mismo Dios a las almas y al mundo con la reverencia, culto, humildad y agradecimiento y amor que se le debe, consiguiente será que, si tú lo haces a imitación mía, y lo mismo las demás almas, venga a ti el Altísimo para comunicarte y obrar efectos divinos, como en mí lo hizo, aunque en ti y en las demás sean inferiores y menos eficaces. Porque si la criatura desde el principio que tiene uso de razón comenzase a caminar al Señor como debe, enderezando sus pasos por las sendas derechas de la salud y vida, Su Majestad altísima, que ama a sus hechuras, le saldría al encuentro (Sab 6, 15), anticipando sus favores y comunicación; que le parece largo el plazo de aguardar al fin de la peregrinación para manifestarse a sus amigos.

178. Y de aquí nace que, por medio de la fe, esperanza y caridad y por el uso de los sacramentos dignamente recibidos, se les comuniquen a las almas muchos y divinos efectos que su dignación les da, unos por el modo común de la gracia y otros por orden más sobrenatural y milagroso, y cada uno más o menos, conforme a su disposición ya los fines del mismo Señor, que no luego se conocen. Y si las almas no pusieran óbice de su parte, fuera tan liberal con ellas el amor divino como lo es con algunas que se disponen, a quienes da mayor luz y noticia de su ser inmutable y con un ilapso divino y dulcísimo las transforma en sí mismo y las comunica muchos efectos de la bienaventuranza; porque se deja tener y gozar por aquel oculto abrazo que sintió la esposa, cuando dijo: *Téngole y no le dejaré, habiéndolo hallado* (Cant 3, 4). Y de esta presencia y posesión le da el mismo Señor muchas prendas y señales para que le posea en amor quieto como los Santos, aunque sea por tiempo limitado. Tan liberal como esto es Dios, nuestro Dueño y Señor, en remunerar los afectos de amor y los trabajos que recibe la criatura por obligarle, tenerle y no perderle.

179. Y con esta violencia suave del amor desfallece y muere la criatura a todo lo terreno, que por esto se llama el amor fuerte como la muerte (Cant 8, 6). Y de esta muerte resucita a nueva vida espiritual, donde se hace capaz de recibir nueva participación de la bienaventuranza y de sus dotes, porque goza más frecuente de la sombra y de los dulces frutos del sumo bien que ama (Cant 2, 3). Y de estos ocultos sacramentos redundando a la parte inferior y animal un género de claridad que la purifica de los efectos de las tinieblas espirituales, hácela fuerte y como impassible para sufrir y padecer todo lo adverso a la naturaleza de la carne y con una sed sutilísima apetece todas las dificultades y violencias que

padece el reino de los cielos (Mt 11, 12), queda ágil y sin la gravedad terrena, de suerte que muchas veces siente este privilegio el mismo cuerpo, que de suyo es pesado, y con esto se le facilitan los trabajos que antes le parecían graves. De todos estos efectos, hija mía, tienes ciencia y experiencia, y te los he declarado y representado para que más te dispongas y trabajes y procedas de manera que el Altísimo, como agente divino y poderoso, te halle materia dispuesta y sin resistencia ni óbice para obrar en ti su beneplácito.

CAPITULO 14

De la atención y cuidado que María santísima tenía con su preñado y algunas cosas que le sucedieron con él.

180. Luego que nuestra Reina y Señora volvió en sus sentidos de aquel éxtasis que tuvo en la concepción del Verbo eterno humanado, se postró en tierra y le adoró en su vientre, como queda dicho en el capítulo 12, núm. 152. Esta adoración continuó toda su vida, comenzándola cada día a media noche, y hasta la otra siguiente solía repetir las genuflexiones trescientas veces y más, si tenía oportunidad, y en esto fue más diligente los nueve meses de su divino preñado. Y para cumplir con plenitud las nuevas obligaciones en que se hallaba, sin faltar a las de su estado, con el nuevo depósito del eterno Padre que tenía en su virginal tálamo, puso toda su atención sobre muchas y fervorosas peticiones para guardar el tesoro del cielo que se le había fiado. Dedicó para esto de nuevo su alma santísima y sus potencias, ejercitando todos los actos de las virtudes en grado tan heroico y supremo, que causaba nueva admiración a los mismos Ángeles. Dedicó también y consagró todas las demás acciones corporales para obsequio y servicio del Dios y hombre infante que traía en su virgíneo cuerpo. Si comía, dormía, trabajaba y descansaba, todo lo encaminaba a

la nutrición y conservación de su dulcísimo Hijo y en todas estas obras se enardecía en amor divino.

181. El día siguiente a la encarnación se le manifestaron en forma corpórea los mil Ángeles que la asistían y con profunda humildad adoraron en el vientre de la Madre a su Rey humanado, y a ella la reconocieron de nuevo por Reina y Señora y la dieron debido culto y reverencia y la dijeron: **Ahora, Señora, sois la verdadera arca del testamento que encerráis al mismo Legislador y la ley y guardáis el maná del cielo, que es nuestro pan verdadero. Recibid, Reina nuestra, la enhorabuena de vuestra dignidad y suma dicha, que por ella engrandecemos al Altísimo, porque justamente os eligió por su Madre y tabernáculo. Ofrecémonos de nuevo a vuestro obsequio y servicio, para obedeceros como vasallos y siervos del Rey supremo y todopoderoso, de quien sois Madre verdadera.— Este ofrecimiento y nueva veneración de los Santos Ángeles renovó en la Madre de la sabiduría incomparables efectos de humildad, agradecimiento y amor divino. Porque en aquel prudentísimo corazón, donde estaba el peso del santuario para dar a todas las cosas el valor y precio que se debe, hizo gran ponderación el verse reverenciada y reconocida por Señora y Reina de los espíritus angélicos; y aunque era más el verse Madre del mismo Rey y Señor de todo lo criado, pero todos estos beneficios y dignidad se le manifestaban más por las demostraciones y obsequio de los Santos Ángeles.**

182. Cumplían ellos estos ministerios como ejecutores y ministros (Heb 1, 14) de la voluntad del Altísimo y, cuando su Reina y Señora nuestra estaba sola, todos la asistían en forma corpórea y la servían en sus acciones y ocupaciones corporales, y si trabajaba de manos la administraban lo que era necesario. Si acaso comía alguna vez en ausencia de San José, la servían de

maestresalas en su pobre mesa y humildes manjares. A cualquiera parte la acompañaban y hacían escolta y en el servicio de San José la ayudaban. Y con todos estos favores y socorros no se olvidaba la divina Señora de pedir licencia al Maestro de los maestros para todas las acciones y obras que había de hacer y pedirle su dirección y asistencia. Tan acertados y tan bien gobernados eran todos sus ejercicios con la plenitud que sólo el mismo Señor puede comprender y ponderar.

183. A más de esta enseñanza ordinaria en el tiempo que tuvo en su vientre santísimo al Verbo humanado, sentía su presencia divina por diversos modos, todos admirables y dulcísimos. Unas veces se le manifestaba por visión abstractiva, como arriba he dicho (Cf. supra p. I n. 229, 237, 312, 383, 389, 734, 742; p. II n. 6-8). Otras le conocía y veía en el modo que estaba en su virginal templo, unido hipostáticamente a la naturaleza humana. Otras se le manifestaba la humanidad santísima como si por un viril cristalino la mirara, sirviendo para esto el mismo vientre y cuerpo purísimo materno, y este género de visión era de especial consuelo y júbilo para la gran Reina. Otras veces conocía que de la divinidad resultaba en él cuerpo del niño Dios algún influjo de la gloria de su alma santísima, con que le comunicaba algunos efectos de bienaventurado y glorioso, especialmente la claridad y luz que del cuerpo natural del Hijo resultaba en la Madre con un ilapso inefable y divino. Y este favor la transformaba toda en otro ser, inflamando su corazón y causando en toda ella tales efectos, que ninguna capacidad de criaturas los puede explicar. Extiéndase y dilátase el juicio más levantado de los supremos serafines y quedará oprimido de esta gloria (Prov 25, 27), porque toda esta divina Reina era un cielo intelectual y animado y en ella sola estaba epilogada la grandeza y gloria que no pueden abarcar ni ceñir los dilatados fines de los mismos cielos (3 Re 8, 27).

184. Alternábanse y sucedíanse estos beneficios y otros con los ejercicios de la divina Madre, con la variedad y diferencia de operaciones que ejercitaban, unas espirituales, otras manuales y corporales; unas en servir a su esposo, otras en beneficio de los prójimos; y todo esto junto y gobernado por la sabiduría de una doncella hacía armonía admirable y dulcísima para los oídos del Señor y admirable para todos los espíritus angélicos. Y cuando entre esta variedad quedaba la Señora del mundo más en su natural estado, porque así lo disponía el Altísimo, padecía un deliquio causado de la fuerza y violencia de su mismo amor; porque con verdad pudo decir lo que por ella dijo Salomón en nombre de la esposa: *Socorredme con flores, porque estoy enferma de amor* (Cant 2, 5); y así sucedía que con la herida penetrante de esta dulcísima flecha llegaba al extremo de la vida, pero luego la confortaba el brazo poderoso del Altísimo por modo sobrenatural.

185. Y tal vez para darla algún aliento sensible, por el mismo imperio del Señor venían a visitarla muchas avecillas, y como si tuvieran discurso la saludaban con sus meneos y la daban concertadísima música a coros y aguardaban su bendición para despedirse de ella. Señaladamente sucedió esto luego que concibió al Verbo divino, como dándole la enhorabuena de su dignidad, después que lo hicieron los Santos Ángeles. Y este día les habló la Señora de las criaturas, mandando a diversos géneros de aves que con ella estaban reconociesen a su Criador, y en agradecimiento del ser y hermosura que las había dado, y de su conservación, le cantasen y alabasen. Y luego la obedecieron como a Señora y de nuevo hicieron coros y cantaron con muy dulce armonía y humillándose hasta el suelo hicieron reverencia al Criador y a su Madre, que le tenía en su vientre. Solían otras veces traerle flores en los picos y se las ponían en

las manos, aguardando que les mandase cantar o callar a su voluntad. También sucedía que con las inclemencias de los tiempos venían algunas avecillas al amparo de su divina Señora, y Su Alteza las admitía y sustentaba con admirable afecto de su inocencia y glorificando al Criador de todo.

186. Y no debe extrañar nuestra tibia ignorancia estas maravillas, pues aunque la materia en que se obraban pudiera estimarse por pequeña, pero las obras del Altísimo todas son grandes y venerables en sus fines, y también eran grandiosas las obras de nuestra prudentísima Reina en cualquiera materia que las hiciese. ¿Y quién hay tan ignorante o temerario que no conozca cuán digna acción de la criatura racional es conocer la participación del ser de Dios y de sus perfecciones en todas las criaturas, buscarle y hallarle, bendecirle y magnificarle en todas ellas, por admirable, poderoso, liberal y santo, como lo hacía la santísima María, sin haber tiempo ni lugar ni criatura visible que para ella fuese ociosa? ¿Y cómo también no se confundirá nuestro ingratisimo olvido? ¿Cómo no se ablandará nuestra dureza? ¿Cómo no se encenderá nuestro tibio corazón, hallándonos reprendidos y enseñados de las criaturas irracionales, que sólo por aquella participación de su ser recibido de ser Dios le alaban sin ofenderle y los hombres que han participado la imagen y semejanza del mismo Dios, con capacidad de conocerle y gozarle eternamente, le olvidan sin conocerle, si le conocen no le alaban y sin quererle servir le ofenden? Con ningún derecho se han de preferir éstos a los animales brutos, pues vienen a ser peores que ellos (Sal 48, 13; 21).

Doctrina de la santísima Reina y Señora nuestra.

187. Hija mía, prevenida estás de mi doctrina hasta ahora, para desear y procurar la ciencia divina, que

deseo mucho aprendas, para que con ella entiendas y conozcas profundamente el decoro y reverencia con que has de tratar con Dios. Y de nuevo te advierto que entre los mortales esta ciencia es muy dificultosa y de pocos codiciada, con mucho daño suyo, por su ignorancia; porque de ella nace que, cuando llegan a tratar con el Altísimo y de su culto y servicio, no hacen el concepto digno de su grandeza infinita, ni se desnudan de las imágenes tenebrosas y operaciones terrenas, que los hacen torpes y carnales, indignos e improporcionados para el magnífico trato de la divinidad soberana. Y a esta grosería se sigue otro desorden, que si tratan con los prójimos se entregan sin orden, sin medida y sin modo a las acciones sensitivas, perdiendo totalmente la memoria y atención de su Criador, y con el mismo furor de sus pasiones se entregan a todo lo terreno.

188. Quiero, pues, carísima, que te alejes de este peligro y deprendas la ciencia cuyo objeto es el inmutable ser de Dios y sus infinitos atributos, y de tal manera le has de conocer y unirte con él, que ninguna cosa criada se interponga entre tu espíritu y alma y entre el verdadero y sumo bien. En todo tiempo, lugar, ocupación y operaciones le has de tener a la vista, sin soltarle (Cant 3, 4) de aquel íntimo abrazo de tu corazón. Y para esto te advierto y te mando que le trates con magnificencia, con decoro, con reverencia y temor íntimo de tu pecho. Y cualquiera cosa de las que tocan a su divino culto, quiero que la trates con toda atención y aprecio. Y sobre todo, para entrar en su presencia por la oración y deprecaciones, desnúdate de toda imagen sensible y terrena. Y porque la humana fragilidad no puede siempre ser estable en la fuerza del amor, ni sufrir sus movimientos violentos para el ser terreno, admite algún alivio decente y tal que en él halles también al mismo Dios: como alabarle en la hermosura de los cielos y estrellas, en la variedad de las yerbas, en la apacible

vista de los campos, en la fuerza de los elementos y más en la naturaleza de los Ángeles y en la gloria de los Santos.

189. Pero siempre estarás advertida, sin olvidar jamás este documento, que por ningún suceso ni trabajo busques alivio, ni admitas divertimento con criaturas humanas; y entre ellas menos con los hombres, porque en tu natural flaco e inclinado a no dar pena, puedes tener peligro de exceder y pasar la raya de lo que es lícito y justo, introduciéndose el gusto sensible más de lo que conviene a las religiosas esposas de mi Hijo santísimo. En todas las criaturas humanas corre riesgo este descuido, porque si a la naturaleza frágil se le da rienda, ella no atiende a la razón ni a la verdadera luz del espíritu, mas olvidándolo todo sigue a ciegas el ímpetu de la pasión y ésta su deleite. Contra este general peligro se ordenó el encerramiento y retiro de las almas consagradas a mi Hijo y Señor, para cortar de raíz las ocasiones infelices y desgraciadas de aquellas religiosas que de voluntad las buscan y se entregan a ellas. Tus alivios, carísima, y de tus hermanas no han de ser tan llenos de peligro y de mortal veneno, y siempre has de buscar de intento los que hallarás en el secreto de tu pecho y en el retrete de tu Esposo, que es fiel en consolar al triste y asistir al atribulado (Sal 90, 15).

CAPITULO 15

Conoció María santísima la voluntad del Señor para visitar a santa Isabel; pide licencia a San José, sin manifestarle otra cosa.

190. Por la relación del embajador del cielo San Gabriel conoció María santísima cómo su deuda Isabel —que se tenía por estéril— había concebido un hijo y que ya estaba en el sexto mes de su preñado (Lc 1, 36). Y

después, en unas de las visiones intelectuales que tuvo, la reveló el Altísimo que el hijo milagroso que pariría Santa Isabel sería grande delante del mismo Señor y sería profeta y precursor (Lc 1, 15-17) del Verbo humanado que ella traía en su virginal vientre, y otros misterios grandes de la santidad y ministerios de San Juan Bautista. En esta misma visión y en otras conoció también la divina Reina el agrado y beneplácito del Señor, en que fuese a visitar a su deuda Isabel, para que ella y su hijo que tenía en el vientre fuesen santificados con la presencia de su Reparador; porque disponía Su Majestad estrenar los efectos de su venida al mundo y sus merecimientos en su mismo Precursor, comunicándole el corriente de su divina gracia, con que fuese como fruto temporáneo y anticipado de la redención humana.

191. Por este nuevo sacramento que conoció la prudentísima Virgen, hizo gracias al Señor con admirable júbilo de su espíritu, porque se dignaba de hacer aquel favor al alma del que había de ser su profeta y precursor y a su madre Isabel. Y ofreciéndose al cumplimiento del divino beneplácito, habló con Su Majestad y le dijo: Altísimo Señor, principio y causa de todo bien, eternamente sea glorificado vuestro nombre y de todas las naciones sea conocido y alabado. Yo, la menor de las criaturas, os doy humildes gracias por la misericordia que tan liberal queréis mostrar con vuestra sierva Isabel y con el hijo de su vientre. Si es beneplácito de vuestra dignación que me enseñéis de que yo os sirva en esta obra, aquí estoy preparada, Señor mío, para obedecer con prontitud a vuestros divinos mandatos.— Respondióla el Altísimo: Paloma mía y amiga mía, escogida entre las criaturas, de verdad te digo que por tu intercesión y por tu amor atenderé como Padre y Dios liberalísimo a tu prima Isabel y al hijo que de ella ha de nacer, eligiéndole por mi profeta y precursor del Verbo en ti hecho hombre, y los miro como a cosas propias y

allegadas a ti. Y así quiero que vaya mi Unigénito y tuyo a visitar a la madre y a rescatar al hijo de la prisión de la primera culpa, para que antes del tiempo común y ordinario de los otros hombres suene la voz de sus palabras y alabanza en mis oídos (Cant2, 14) y santificando su alma les sean revelados los misterios de la encarnación y redención. Y para esto quiero, esposa mía, que vayas a visitar a Isabel, porque todas las tres Personas divinas elegimos a su hijo para grandes obras de nuestro beneplácito.

192. A este mandato del Señor respondió la obedientísima Madre: Bien sabéis, Dueño y Señor mío, que todo mi corazón y mis deseos se encaminan a vuestro divino beneplácito y quiero con diligencia cumplir lo que mandáis a vuestra humilde sierva. Dadme, bien mío, licencia para que la pida a mi esposo José y que haga esta jornada con su obediencia y gusto. Y para que del vuestro no me aparte, gobernad en ella todas mis acciones y enderezad mis pasos a la mayor gloria de vuestro santo nombre, y recibid para esto el sacrificio de salir en público y dejar mi retirada soledad. Y quisiera yo, Rey y Dios de mi alma, ofrecer más que mis deseos en esto, hallando que padecer por vuestro amor todo lo que fuere de mayor servicio y agrado vuestro, para que no estuviera ocioso el afecto de mi alma.

193. Salió de esta visión nuestra gran Reina y, llamando a los mil ángeles de su guarda, se le manifestaron en forma corpórea, y declaróles el mandato del Altísimo, pidiéndoles que en aquella jornada la asistiesen muy cuidadosos y solícitos, para enseñarla a cumplir aquella obediencia con el mayor agrado del Señor y la defendiesen y guardasen de los peligros, para que en todo lo que se le ofreciese en aquel viaje ella obrase perfectamente. Ofreciéronse los santos príncipes a obedecerla y servirla con admirable rendimiento. Esto

mismo solía hacer en otras ocasiones la Maestra de toda prudencia y humildad, que siendo ella más sabia y más perfecta en el obrar que los mismos Ángeles, con todo eso, por el estado de viadora y por la condición de la inferior naturaleza que tenía, para dar a sus obras toda plenitud de perfección, consultaba y llamaba a sus Santos Ángeles, que siendo inferiores en santidad la guardaban y asistían, y con su dirección disponía las acciones humanas, gobernadas todas por otra parte con el instinto del Espíritu Santo. Y los divinos espíritus la obedecían con la presteza y puntualidad propia a su naturaleza y debida a su misma Reina y Señora. Y con ella hablaban y conferían coloquios dulcísimos y alternaban cánticos de sumo honor y alabanza del Altísimo. Y otras veces trataba de los misterios soberanos del Verbo encarnado, de la unión hipostática, del sacramento de la redención humana, de los triunfos que alcanzaría, de los frutos y beneficios que de sus obras recibirían los mortales. Y sería alargarme mucho, si hubiera de escribir todo lo que en esta parte se me ha manifestado.

194. Determinó luego la humilde esposa pedir licencia a San José para poner por obra lo que la mandaba el Altísimo y sin manifestarle este mandato, siendo en todo prudentísima, un día le dijo estas palabras: Señor y esposo mío, por la divina luz he conocido cómo la dignación del Altísimo ha favorecido a Isabel mi prima, mujer de Zacarías, dándole el fruto que pedía en un hijo que ha concebido, y espero en su bondad inmensa que siendo mi prima estéril, habiéndole concedido este singular beneficio, será para mucho agrado y gloria del Señor. Yo juzgo que en tal ocasión como ésta me corre obligación decente de ir a visitarla y tratar con ella algunas cosas convenientes a su consuelo y su bien espiritual. Si esta obra, señor, es de vuestro gusto, haréla con vuestra licencia, estando sujeta en todo

a vuestra disposición y voluntad. Considerad vos lo mejor y mandadme lo que debo hacer.

195. Fue para el Señor muy agradable esta discreción y silencio de María santísima, llena de tan humilde rendimiento como digna de su capacidad para que se depositasen en su pecho los grandes sacramentos del Rey (Tob 12, 7). Y por esto y por la confianza en su fidelidad con que obraba esta gran Señora, dispuso Su Majestad el corazón purísimo del Santo José, dándole su luz divina para lo que debía hacer conforme a la voluntad del mismo Señor. Este es premio del humilde que pide consejo, hallarle seguro y con acierto, y también es consiguiente al santo y discreto celo dar e prudente cuando se le piden. Con esta dirección respondió el santo esposo a nuestra Reina: Ya sabéis, Señora y esposa mía, que mis deseos todos están dedicados para serviros con toda mi atención y diligencia, porque de vuestra gran virtud confío, como debo, no se inclinará vuestra rectísima voluntad a cosa alguna que no sea de mayor agrado y gloria del Altísimo, como creo lo será esta jornada. Y porque no extrañen que vais en ella sin la compañía de vuestro esposo, yo iré con mucho gusto para cuidar de vuestro servicio en el camino. Determinad el día para que vayamos juntos.

196. Agradeció María santísima a su prudente esposo José el cuidadoso afecto y que tan atentamente cooperase a la voluntad divina en lo que sabía era de su servicio y gloria; y determinaron entrambos partir luego a casa de Isabel (Lc 1, 39), previniendo sin dilación la recámara para el viaje, que toda se vino a resumir en alguna fruta, pan y pocos pececillos que le trajo el Santo José y en una humilde bestezuela que buscó prestada, para llevar en ella toda la recámara y a su Esposa y Reina de todo lo criado. Con esta prevención partieron de Nazaret para Judea, y la jornada proseguiré en el

capítulo siguiente. Pero al salir de su pobre casa la gran Señora del mundo hincó las rodillas a los pies de su esposo San José y le pidió su bendición para dar principio a la jornada en el nombre del Señor. Encogióse el Santo viendo la humildad tan rara de su esposa, que ya con tantas experiencias tenía muy conocida, y deteníase en bendecirla, pero la mansedumbre y dulce instancia de María santísima le venció y el Santo la bendijo en nombre del Altísimo. Y a los primeros pasos levantó la divina Señora los ojos al cielo y el corazón a Dios, enderezándolos a cumplir el divino beneplácito, llevando en su vientre al Unigénito del Padre y suyo para santificar a Juan en el de su madre Isabel.

Doctrina que me dio la divina Reina y Señora.

197. Hija mía carísima, muchas veces te fío y manifiesto el amor de mi pecho, porque deseo grandemente que se encienda en el tuyo y te aproveches de la doctrina que te doy. Dichosa es el alma a quien manifiesta el Altísimo su voluntad santa y perfecta, pero más feliz y bienaventurada es quien conociéndola pone en ejecución lo que ha conocido. Por muchos medios enseña Dios a los mortales el camino y sendas de la vida eterna: por los evangelios y santas Escrituras, por los sacramentos y leyes de la santa Iglesia, por otros libros y ejemplos de los Santos, y especialmente por medio de la doctrina y obediencia de sus ministros, de quienes dijo Su Majestad: *Quien a vosotros oye, a mí me oye* (Lc 10, 16); que el obedecerlos a ellos es obedecer al mismo Señor. Cuando por alguno de estos caminos llegares a conocer la divina voluntad, quiero de ti que con ligerísimo vuelo, sirviéndote de alas la humildad y la obediencia, o como un rayo prestísimo, así seas pronta en ejercitarla y en cumplir el divino beneplácito.

198. Fuera de estos modos de enseñanza, tiene otros el Altísimo para encaminar las almas, intimándoles su

voluntad perfecta sobrenaturalmente, por donde les revela muchos sacramentos. Este orden tiene sus grados y muy diferentes, y no todos son ordinarios ni comunes a las almas, porque dispensa el Altísimo su luz con medida y peso: unas veces habla el corazón y sentidos interiores con imperio, otras corrigiendo, otras amonestando y enseñando, otras veces mueve al corazón para que él lo pida y otras le propone claramente lo que el mismo Señor desea, para que se mueva el alma a ejecutarlo, y otras suele proponer en sí mismo, como en un claro espejo, grandes misterios que vea y conozca el entendimiento y ame la voluntad. Pero siempre este gran Dios y sumo bien es dulcísimo en mandar, poderoso en dar fuerzas para obedecer, justo en sus órdenes y presto en disponer las cosas para ser obedecido y eficaz en vencer los impedimentos, para que se cumpla su santísima voluntad.

199. En recibir esta luz divina te quiero, hija mía, muy atenta, y en ejecutarla muy presta y diligente; y para oír al Señor y percibir esta voz tan delicada y espiritualizada es necesario que las potencias del alma estén purgadas de la grosería terrena y que toda la criatura viva según el espíritu, porque el hombre animal no percibe las cosas levantadas y divinas (1 Cor 2, 14). Atiende, pues, a tu secreto (Is 24, 16) y olvida todo lo de fuera; oye, hija mía, e inclina tu oído (Sal 44, 11) despedida de todo lo visible. Y para que seas diligente, ama; que el amor es fuego y no sabe dilatar sus efectos donde halla dispuesta la materia, y tu corazón siempre le quiero dispuesto y preparado. Y cuando el Altísimo te mandare o enseñare alguna cosa en beneficio de las almas, y más para su salud eterna, ofrécete con rendimiento, porque son el precio más estimable de la sangre del Cordero (1 Pe 1, 18-19) y del amor divino. No te impidas para esto con tu misma bajeza ni encogimiento, pero vence el temor que te acobarda, que si tú vales poco y eres inútil para todo, el Altísimo es rico, poderoso, grande, y por sí mismo hizo

todas las cosas (Is 44, 24), y no carecerá de premio tu prontitud y efecto, aunque sólo quiero que te mueva el beneplácito de tu Señor.

CAPITULO 16

La jornada de María santísima a visitar a Santa Isabel y la entrada en casa de Zacarías.

200. Levantándose en aquellos días —dice el texto sagrad (Lc 1, 39)— María santísima caminó con mucha diligencia a las montañas y ciudad de Judá. Este levantarse nuestra divina Reina y Señora no fue sólo disponerse exteriormente y partir de Nazaret a su jornada, porque también significa el movimiento de su espíritu y voluntad con que por el divino impulso y mandato se levantó interiormente de aquel humilde retiro y lugar que con su mismo concepto y estimación tenía. De allí se levantó como de los pies del Altísimo, cuya voluntad y beneplácito esperaba para cumplirle, como la más humilde sierva que dijo David (Sal 122, 2) *tiene puestos los ojos en las manos de su señora*, aguardando que la mande. Y levantándose con la voz del Señor encaminó su afecto dulcísimo a cumplir su voluntad santísima, en apresurar sin dilación la santificación del Precursor del Verbo humanado, que estaba en el vientre de Isabel como encarcelado con las prisiones del primer pecado. Este era el término y el fin de esta feliz jornada; para él se levantó la Princesa de los cielos y caminó con la presteza y diligencia que dice el evangelista san Lucas.

201. Dejando, pues, la casa de sus padres y olvidando su pueblo (Sal 44, 11), tomaron el camino los castísimos esposos María y José y le enderezaron a casa de San Zacarías en las montañas de Judea, que distaba veintisiete leguas de Nazaret, y gran parte de él era

áspero y fragoso para tan delicada y tierna doncella. Toda la comodidad para tan desigual trabajo era un humilde jumentillo, en que comenzó y prosiguió el viaje; y aunque iba destinado sólo para su alivio y servicio, pero la más humilde y modesta de las criaturas se apeaba de él muchas veces y rogaba a su esposo San José partiesen el trabajo y comodidad y que fuese el Santo con algún alivio, sirviéndose de la bestezuela para esto. Nunca lo admitió el prudente esposo y, por condescender en algo con los ruegos de la divina Señora, consentía que algunos ratos fuese con él a pie, mientras le parecía lo podía sufrir su delicadeza, sin fatigarse demasiado, y luego con gran decoro y reverencia la pedía no rehusase el admitir aquel pequeño alivio, y la Reina celestial obedecía, prosiguiendo a caballo lo restante.

202. Con estas humildes competencias continuaban sus jornadas María santísima y San José, y en ellas distribuían el tiempo sin dejar ocioso sólo un punto. Caminaban en soledad, sin compañía de criaturas humanas, pero asistíanlos en todo los mil ángeles que guardaban el lecho de Salomón (Cant 3, 7), María santísima, que aunque iban en forma visible sirviendo a su gran Reina y a su Hijo santísimo en su vientre, sola ella los veía; y atendiendo a los Ángeles y a San José su esposo, caminaba la Madre de la gracia, llenando los campos y los montes de fragancia suavísima con su presencia y con los divinos loores en que sin intervalo alguno se ocupaba. Unas veces hablaba con sus Ángeles y alternativamente hacían cánticos divinos, con motivos diferentes de los misterios de la divinidad y de las obras de la creación y encarnación, con que de nuevo se enardecía en divinos afectos el cándido corazón de la purísima Señora. Y a todo esto ayudaba San José su esposo con el templado silencio que guardaba, recogiendo su espíritu en sí mismo con alta contemplación y dando lugar para que, a su entender, hiciera lo mismo

su devota esposa.

203. Otras veces hablaban los dos y conferían muchas cosas de la salud de sus almas y de las misericordias del Señor, de la venida del Mesías y de las profecías que de él estaban anunciadas a los antiguos padres, y otros misterios y sacramentos del Altísimo. Sucedió en este viaje una cosa admirable para el santo esposo José: amaba tiernamente a su esposa con el amor santo y castísimo, ordenado (Cant 2, 4) con especial gracia y dispensación del mismo amor divino; y a más de este privilegio era el Santo, por otro no pequeño, de condición nobilísima, cortés, agradable y apacible; y todo esto obraba en él una solicitud prudentísima y amorosa a que le movía desde el principio la misma santidad y grandeza, que conocía en su divina esposa, como objeto próximo de aquellos dones del cielo. Con esto iba el Santo cuidando de María santísima y preguntándole muchas veces si se fatigaba y cansaba y en qué la podía aliviar y servir. Pero como ya la Reina del cielo llevaba en su tálamo virginal el divino fuego del Verbo humanado, sentía el Santo José —ignorando la causa— nuevos efectos en su alma por las palabras y conversación de su amada esposa, con que se reconocía más inflamado en el amor divino y con altísimo conocimiento de estos misterios que hablaban, con una llama interior y nueva luz que le espiritualizaba y le renovaba todo. Y cuanto más proseguían el camino y las pláticas celestiales, tanto más crecían estos favores, de que conocía ser instrumento las palabras de su esposa que penetraban su corazón e inflamaban la voluntad al divino amor.

204. Era tan grande esta novedad, que no pudo dejar de atender mucho a ella el discreto esposo San José; y aunque conoció le venía todo por medio de María santísima, y con la admiración se consolara con saber la causa e inquirirla sin curiosidad, con todo esto por su

gran modestia no se atrevió a preguntarle cosa alguna, disponiéndolo así el Señor, porque no era tiempo de que conociese entonces el sacramento del Rey, que en el vientre virginal estaba escondido. Miraba la divina Princesa a su esposo, conociendo todo cuanto pasaba en el secreto de su pecho, y discurriendo con su prudencia se le representó que naturalmente era forzoso venir a manifestarse su preñado sin podérselo ocultar a su carísimo y castísimo esposo. No sabía entonces la gran Señora el modo con que Dios gobernaría este sacramentó; pero aunque no había recibido orden ni mandato suyo para que le ocultase, su divina prudencia y discreción la enseñaron cuan bueno era esconderle como sacramento grande y el mayor de todos los misterios; y así le tuvo oculto y secreto sin hablar palabra de él con su esposo, ni en esta ocasión, ni antes en la anunciación del Ángel, ni después en los cuidados que adelante diremos (Cf. infra n. 375-394), cuando llegó el caso de conocer el Santo José el preñado.

205. ¡Oh discreción admirable y prudencia más que humana! Dejóse toda la gran Reina en la Divina Providencia, esperando lo que disponía, pero sintió algún cuidado y pena, previniendo la que su esposo santo podía recibir, y considerando que no podía anticipadamente sacarle de ella o divertirla. Y crecíale más este cuidado, atendiendo al que tenía el santo en servirla y en cuidar de ella con tanto amor y solicitud, a que se debía igual correspondencia en todo lo que prudentemente fuera posible. Por esto hizo especial oración al Señor, representándole su cuidadoso afecto y deseos del acierto, y el que San José había menester en la ocasión que esperaba, pidiendo para todo la asistencia y dirección divina. Y con esta suspensión ejercitó Su Alteza grandes y heroicos actos de fe, esperanza, caridad, prudencia, humildad, paciencia y fortaleza, dando plenitud de santidad a todo lo que se ofrecía; porque en

cada cosa obraba lo más perfecto.

206. Esta jornada fue la primera peregrinación que hizo el Verbo humanado en el mundo, cuatro días después de haber entrado en él; que no pudo sufrir mayor dilación ni tardanza su ardentísimo amor en comenzar a encender el fuego que venía a derramar en él (Lc 12, 49), dando principio a la justificación de los mortales en su divino precursor. Y esta presteza comunicó a su Madre santísima, para que con festinación se levantase y fuese a visitar a Isabel. Y la divinísima Señora sirvió en esta ocasión de carroza al verdadero Salomón, pero más rica, más adornada y ligera que la del primero, a que la comparó el mismo Salomón (Cant 3, 9-10) en sus Cantares; y así fue más gloriosa esta jornada y con mayor júbilo y magnificencia del Unigénito del Padre, porque caminaba con descanso en el tálamo virginal de su Madre y gozando de sus delicias amorosas, con que le adoraba, le bendecía, le miraba, le hablaba, le oía y respondía, y sola ella, que entonces era el archivo real de este tesoro y la secretaria de tan magnífico sacramento, le veneraba y agradecía por sí y por todo el linaje humano, mucho más que los hombres y los ángeles juntos.

207. En el discurso del camino, que les duró cuatro días, ejercitaron los peregrinos María santísima y José, no sólo las virtudes que miran a Dios como objeto y otras interiores, pero muchos actos de caridad con los prójimos; porque no podía estar ociosa en presencia de los necesitados de socorro. No hallaban en todas las posadas igual acogida, porque algunos como rústicos los despedían dejados en su natural inadvertencia, otros los admitían con amor movidos de la divina gracia. Pero a ninguno negaba la Madre de la misericordia la que podía ejercitar con él, y para esto iba cuidadosa si decentemente podía visitar o topar pobres, enfermos y afligidos, y a todos los socorría y consolaba, o sanaba de

sus dolencias. No me detengo en referir todos los casos que en esto sucedieron. Sólo digo la buena dicha de una pobre doncella enferma que topó nuestra gran Reina en un lugar por donde pasaba el día primero del viaje. Viola Su Majestad y movióla a ternura y compasión la enfermedad, que era gravísima; y usando de la potestad de Señora de las criaturas, mandó a la fiebre que dejase a aquella mujer y a los humores que se compusiesen y ordenasen, reducidos a su natural estado y temperamento. Y con este mandato y la dulcísima presencia de María purísima, quedó al punto la enferma libre y sana de su dolencia en el cuerpo y mejorada en el espíritu; y después fue creciendo hasta llegar a ser perfecta y santa, porque le quedó estampada en el pecho la memoria y las especies imaginarias de la autora de su bien, y en el corazón le quedó un íntimo amor, aunque no vio más a la divina Señora, ni se divulgó el milagro.

208. Prosiguiendo sus jornadas llegaron María santísima y San José su esposo el cuarto día a la ciudad de Judá, que era donde vivían Isabel y Zacarías. Y éste era el nombre propio y particular de aquel lugar, donde a la sazón vivían los padres de San Juan, y así lo especificó el evangelista San Lucas llamándola Judá (Lc 1, 39); aunque los expositores del Evangelio comúnmente han creído que este nombre no era propio de la ciudad donde vivían Isabel y Zacarías, sino común de aquella provincia que se llama Judá o Judea, como también por esto se llamaban montañas de Judea aquellos montes que de la parte austral de Jerusalén corren hacia el mediodía. Pero lo que a mí se me ha manifestado es que la ciudad se llamaba Judá y que el evangelista la nombró por su propio nombre, aunque los doctores y expositores han entendido por el nombre de Judá la provincia a donde pertenecía. Y la razón de esto ha resultado de que aquella ciudad que se llamaba Judá se arruinó por años

después de la muerte de Cristo Señor nuestro, y como los expositores no alcanzaron la memoria de tal ciudad, entendieron que San Lucas por nombre Judá había dicho la provincia y no el lugar, y de aquí ha resultado la variedad de opiniones sobre cuál era la ciudad donde sucedió la visitación de María santísima a Santa Isabel.

209. Y porque la obediencia me ha ordenado que declare más exactamente este punto por la novedad que puede causar y habiendo hecho lo que sobre esto se me ha mandado, digo que la casa de San Zacarías y Santa Isabel, donde sucedió la visitación, fue en el mismo puesto donde ahora son venerados estos misterios divinos por los fieles y peregrinos que acuden o viven en los Santos Lugares de Palestina. Y aunque la ciudad de Judá, donde estaba la casa de Zacarías, fue derruida, no permitió el Señor que se olvidase y borrarse la memoria de tan venerables lugares donde tantos misterios se habían obrado, quedando consagrados con las plantas de María santísima, de Cristo Señor nuestro y del San Juan Bautista y sus santos padres. Y así tuvieron luz divina los antiguos fieles que edificaron aquellas iglesias y repararon los Lugares Santos para conocer con ella y con alguna tradición la verdad de todo y renovar la memoria de tan admirables sacramentos, y que gozásemos del beneficio de venerarlos y adorarlos los fieles que ahora vivimos, protestando y confesando la fe católica en los lugares sagrados de nuestra redención.

210. Para mayor noticia de esto se advierta que el demonio, después que en la muerte de Cristo Señor nuestro conoció que era Dios y Redentor de los hombres, pretendió con increíble furor borrar la memoria, como dice Jeremías (Jer 11, 19), de la tierra de los vivientes, y lo mismo de su Madre santísima. Y así, procuró una vez que se ocultase y soterrase la santísima cruz, otra que fuese cautiva en Persia, y con este intento procuró que

fuesen arruinados y extinguidos muchos de los Lugares Santos. **De aquí resultó que los Ángeles Santos trasladasen tantas veces la venerable y santa casa de Loreto;** porque el mismo dragón que perseguía a esta divina Señora (Ap 12, 13), tenía ya reducidos los ánimos de los moradores de la tierra para que extinguiesen y arruinasen aquel sagrado oratorio que había sido la oficina donde se obró el altísimo misterio de la encarnación. Y por esta misma astucia del enemigo se arruinó la antigua ciudad de Judá, ya por negligencia de los moradores que se fueron acabando, ya por desgracias e infortunos sucesos; aunque no dio lugar el Señor para que pereciese y se arruinase del todo la casa de San Zacarías, por los sacramentos que allí se habían celebrado.

211. Distaba esta ciudad, como he dicho, veintisiete leguas de Nazaret, y de Jerusalén dos leguas poco más o menos, hacia la parte donde tiene su principio el torrente Sorec en las montañas de Judea. Y después del nacimiento de San Juan Bautista y despedidos María santísima y San José para volverse a Nazaret, tuvo Santa Isabel una revelación divina que amenazaba de próximo una gran ruina y calamidad para los niños de Belén y su comarca. Y aunque esta revelación fue con esta generalidad, sin más claridad ni especificación, movió a la madre de San Juan Bautista para que con Zacarías su marido se retirase a Hebrón, que estaba ocho leguas poco más o menos de Jerusalén, y así lo hicieron; porque eran ricos y nobles, y no sólo en Judá y en Hebrón pero en otros lugares tenían casas y hacienda. Y cuando María santísima y San José, huyendo de Herodes, se fueron peregrinando a Egipto (Mt 2, 14), algunos meses después de la natividad del Verbo y más de la del San Juan Bautista, entonces Santa Isabel y San Zacarías estaban en Hebrón; y San Zacarías murió cuatro meses después que nació Cristo Señor nuestro, que serían diez después

del nacimiento de su hijo San Juan Bautista. Esto me parece suficiente ahora para declarar esta duda, y que la casa de la visitación ni fue en Jerusalén, ni en Belén, ni en Hebrón, sino en la ciudad que se llamaba Judá. Y así lo he entendido con la luz del Señor que los demás misterios de esta divina Historia, y después de nuevo me lo declaró el Santo Ángel en virtud de la nueva obediencia que tuve para preguntárselo otra vez (Nota de la autora al margen de este número: "Algunos mapas de Palestina señalan esta ciudad de Judá en este lugar, que dice en los orígenes del río Sodec; y con lo que dice en esta declaración se responde derechamente a Juliano y Porfirio, herejes, que redarguyeron al Evangelista San Lucas de mal historiador, pues fue tan exacto declarando el nombre de la ciudad de la casa de San Zacarías. Véanse los expositores y especialmente la *Historia de la Tierra Santa* del Padre Cuaresmio, libro VI, cap. 2 y en los siguientes". Cf. QUARESMIUS, F. *Histórica, theologica et moralis Terrae Sanctae elucidatio*, Antverpiae 1639.

212. A esta ciudad de Judá y casa de Zacarías llegaron María santísima y San José. Y para prevenirla se adelantó algunos pasos el santo esposo, y llamando saludó a los moradores, diciendo: El Señor sea con vosotros, y llene vuestras almas de su divina gracia.— Estaba ya prevenida Santa Isabel, porque el mismo Señor la había revelado que María de Nazaret su deuda partía a visitarla; aunque sólo había conocido por esta visión cómo la divina Señora era muy agradable en los ojos del Altísimo, pero el misterio de ser Madre de Dios no se le había revelado hasta que las dos se saludaron a solas. Pero salió luego Santa Isabel con algunos de su familia a recibir a María santísima, la cual previno en la salutación, como más humilde y menor en años, a su prima, y la dijo: El Señor sea con Vos, prima y carísima mía.—El mismo Señor, respondió Isabel, os premie el

haber venido a darme este consuelo.—Con esta salutación subieron a la casa de Zacarías, y retirándose las dos primas a solas, sucedió lo que diré en el capítulo siguiente.

Doctrina que me dio nuestra Reina y Señora.

213. Hija mía, cuando la criatura hace digno aprecio de las buenas obras y de la obediencia del Señor que se las manda para gloria suya, de aquí le nace gran facilidad en obrarlas, grande y suavísima dulzura en emprenderlas y una presteza diligente en continuarlas y proseguirlas; y estos efectos dan testimonio de la verdad y utilidad que hay en ellas. Mas no puede el alma sentir este efecto y experiencia, si no está muy rendida al Señor, mirando y levantando los ojos a su divino beneplácito para oírlo con alegría y ejecutarlo con presteza, olvidándose de su propia inclinación y comodidad, como el siervo fiel, que sólo quiere hacer la voluntad de su señor y no la suya. Este es el modo de obedecer fructuoso que deben todas las criaturas a Dios, y mucho más las religiosas que así lo prometieron. Y para que tú, carísima, le consigas perfectamente, advierte con qué aprecio habla Santo Rey David en muchas partes de los preceptos del Señor, de sus palabras y de su justificación y efectos que causaron en el profeta, y ahora en las almas; pues confiesa que a los niños hacen sabios (Sal 18, 8), que alegran el corazón humano (Sal 18, 9), que iluminan los ojos de las almas, que para sus pies eran luz clarísima (Sal 118, 105), que son más dulces que la miel y más deseables y estimables que el oro y que las piedras más preciosas (Sal 18, 11). Esta prontitud y rendimiento a la divina voluntad y su ley hizo a Santo Rey David conforme al corazón de Dios (1 Sam 13, 14; Act 13, 22), porque tales quiere Su Majestad a sus siervos y amigos.

214. Atiende, pues, hija mía, con todo aprecio a las obras

de virtud y perfección que conoces son del beneplácito de tu Señor, y ninguna desprecies, ni resistas, ni la dejes de emprender por más violencia que sientas en tu inclinación y flaqueza. Fía del Señor y aplícate a la ejecución, que luego vencerá su poder todas las dificultades, y luego conocerás con feliz experiencia cuan ligera es la carga y suave el yugo del Señor (Mt 11, 30) y que no fue engaño el decirlo Su Majestad, como lo quieren suponer los tibios y negligentes, que con su torpeza y desconfianza tácitamente redarguyen esta verdad. Quiero también que para imitarme en esta perfección adviertas el beneficio que me hizo la dignación divina, dándome una piedad y afecto suavísimo con las criaturas, como hechuras y participantes de la bondad y ser divino. Con este afecto deseaba consolar, aliviar y animar a todas las almas, y con una natural compasión les procuraba todo bien espiritual y corporal, y á ninguno por grande pecador que fuese le deseaba mal ninguno, antes a éstos me inclinaba con grande fuerza de mi compasivo corazón para solicitarles su salud eterna. Y de aquí me resultó el cuidado de la pena que mi esposo José había de recibir con mi preñado, porque a él le debía más que a todos. Esta suave compasión tenía también muy particular con los afligidos y enfermos, y a todos procuraba granjearles algún alivio. Y en esta condición quiero de ti que usando de ella prudentemente me imites como lo conoces.

CAPITULO 17

La salutación que hizo la Reina del cielo a Santa Isabel y la santificación de San Juan Bautista.

215. Cumplido el sexto mes del preñado de Santa Isabel, estaba en la caverna de su vientre el Precursor futuro de Cristo nuestro bien, cuando llegó la madre santísima María a la casa de San Zacarías. La condición del cuerpo

del niño San Juan Bautista era en el orden natural muy perfecta, y más que otras, por el milagro que intervino en su concepción de madre estéril y porque se ordenaba para depositar en él la santidad mayor entre los nacidos (Mt 11, 11), que Dios le tenía prevenida. Pero entonces su alma estaba poseída de las tinieblas del pecado original que había contraído en Adán, como los demás hijos de este primero y común padre del linaje humano. Y como por ley común y general no pueden los mortales recibir la luz de la gracia antes de salir a esta luz material del sol, por esto, después del primer pecado que se contrae con la naturaleza, viene a servir el vientre materno como de cárcel o calabozo de todos los que fuimos reos en nuestro padre y cabeza Adán. A su gran profeta y precursor determinó Cristo Señor nuestro adelantar en este gran beneficio, anticipándole la luz de la gracia y justificación a los seis meses que Santa Isabel le había concebido, para que su santidad fuese privilegiada como lo había de ser el oficio de precursor y bautista.

216. Después de la primera salutación que hizo María santísima a su prima Santa Isabel, se retiraron las dos a solas, como dije en el fin del capítulo pasado (Cf. supra n. 212). Y luego la Madre de la gracia saludó (Lc 1, 40) de nuevo a su deuda, y la dijo: Dios te salve, prima y carísima mía, y su divina luz te comunique gracia y vida.—Con esta voz de María santísima quedó Santa Isabel llena del Espíritu Santo (Lc 1, 41) y tan iluminado su interior, que en un instante conoció altísimos misterios y sacramentos. Estos efectos y los que sintió al mismo tiempo el niño San Juan Bautista en el vientre de su madre resultaron de la presencia del Verbo humanado en el tálamo de María, donde sirviéndose de su voz como de instrumento comenzó a usar de la potestad que le dio el Padre eterno para salvar y justificar las almas como su Reparador. Y como la ejecutaba como hombre, estando en el mismo vientre virginal aquel cuerpecito de ocho

días concebido —icosa maravillosa!— se puso en forma y postura humilde de orar y pedir al Padre, y oró y pidió la justificación de su Precursor futuro y la alcanzó de la Santísima Trinidad.

217. Fue San Juan Bautista en el vientre materno el tercero por quien en particular hizo oración nuestro Redentor, estando también en el de María santísima; porque ella fue la primera por quien dio gracias y pidió y oró al Padre, y por esposo suyo entró San José en el segundo lugar en las peticiones que hizo el Verbo humanado, como dijimos en el capítulo 12 (Cf. supra n. 147); y el tercero entró el precursor San Juan Bautista entre las peticiones particulares por personas determinadas y nombradas por el mismo Señor; tanta fue la felicidad y privilegios de San Juan Bautista. Presentó Cristo Señor nuestro al eterno Padre los méritos y pasión y muerte que venía a padecer por los hombres, y en virtud de esto pidió la santificación de aquella alma, y nombró y señaló al niño que había de nacer santo para precursor suyo y que diese testimonio de su venida al mundo y preparase los corazones de su pueblo, para que le conociesen y recibiesen, y que para tan alto ministerio se le concediesen a aquella persona elegida todas las gracias, dones y favores convenientes y proporcionados; y todo lo concedió el Padre, como lo pidió su Unigénito humanado.

218. Esto precedió a la salutación y voz de María santísima. Y al pronunciar la divina Señora las palabras referidas, miró Dios al niño en el vientre de Santa Isabel y le dio uso de razón perfectísimo, ilustrándole con especiales auxilios de la divina luz, para que se preparase, conociendo el bien que le hacían. Y con esta disposición fue santificado del pecado original y constituido hijo adoptivo del Señor por gracia santificante y lleno del Espíritu Santo con abundantísima

gracia y plenitud de dones y virtudes, y sus potencias quedaron santificadas con la gracia, sujetas y subordinadas a la razón; con que se cumplió lo que había dicho el Ángel San Gabriel a San Zacarías (Lc 1, 15), que su hijo sería lleno del Espíritu Santo y desde el vientre de su madre. Al mismo tiempo el dichoso niño desde su lugar vio al Verbo encarnado, sirviéndole como de vidriera las paredes de la caverna uteral y de cristales purísimos el tálamo de las virgíneas entrañas de María santísima, y adoró puesto de rodillas a su Redentor y Criador. Y éste fue el movimiento y júbilo que su madre Santa Isabel reconoció y sintió en su infante y en su vientre. Otros muchos actos hizo el niño San Juan Bautista en este beneficio, ejercitando todas las virtudes de fe, esperanza, caridad, culto, agradecimiento, humildad, devoción y las demás que allí podría obrar. Y desde aquel instante comenzó a merecer y crecer en santidad, sin perderla jamás ni dejar de obrar con todo el vigor de la gracia.

219. Conoció Santa Isabel al mismo tiempo el misterio de la encarnación, la santificación de su hijo propio y el fin y sacramentos de esta nueva maravilla; conoció también la pureza virginal y dignidad de María santísima. Y en aquella ocasión, estando la divina Reina toda absorta en la visión de estos misterios y de la divinidad que los obraba en su Hijo santísimo, quedó toda divinizada y llena de luz y claridad de los dotes que participaba; y Santa Isabel la vio con esta majestad, y como por viril purísimo vio al Verbo humanado en el tálamo virginal, como en una litera de encendido y animado cristal. De todos estos admirables efectos fue instrumento eficaz la voz de María santísima, tan fuerte y poderosa como dulce en los oídos del Altísimo; y toda esta virtud era como participada de la que tuvo aquella poderosa palabra: *Fiat mihi secundum verbum tuum* (Lc 1, 38), con que trajo al eterno Verbo del pecho del Padre

a su mente y a su vientre

220. Admirada Santa Isabel con lo que sentía y conocía en tan divinos sacramentos, fue toda conmovida con espiritual júbilo del Espíritu Santo y, mirando a la Reina del mundo y a lo que en ella veía, con alta voz prorrumpió en aquellas palabras que refiere San Lucas (Lc 1, 42-45): *Bendita eres tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre; ¿y de dónde a mí esto que venga la Madre de mi Señor adonde yo estoy? Pues luego que llegó a mis oídos la voz de tu salutación, se exultó y alegró el infante en mi vientre. Bienaventurada eres tú que creíste, porque en ti se cumplirán perfectamente todas las cosas que el Señor te dijo.* En estas palabras proféticas recopiló Santa Isabel grandes excelencias de María santísima, conociendo con la divina luz lo que había hecho el poder divino en ella y lo que de presente hacía y después en lo futuro había de suceder. Y todo lo conoció y entendió el niño San Juan Bautista en su vientre, que percibía las palabras de su madre, y ella era ilustrada por la ocasión de su santificación; y engrandeció ella a María santísima por entrambos como al instrumento de su felicidad a quien él no podía por su boca bendecir ni alabar desde el vientre.

221. A las palabras de Santa Isabel, con que engrandeció a nuestra gran Reina, respondió la Maestra de la sabiduría y humildad, remitiéndolas todas a su Autor mismo y con dulcísima y suavísima voz entonó el cántico de la *Magnificat* que refiere San Lucas, y dijo (Lc 1, 46-55): *Mi alma glorifica al Señor: y mi espíritu está transportado de gozo en el Dios, salvador mío. Porque ha puesto los ojos en la bajeza de su esclava: por lo tanto, ya desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones. Porque ha hecho en mí cosas grandes aquel que es todo poderoso, cuyo nombre es santo: y cuya misericordia se derrama de generación en generación sobre los que le temen. Hizo alarde del poder*

de su brazo: deshizo las miras del corazón de los soberbios. Derribó del solio a los poderosos y ensalzó a los humildes. Colmó de bienes a los hambrientos: y a los ricos los despidió sin nada. Acordándose de su misericordia, acogió a Israel su siervo: según la promesa que hizo a nuestros padres, a Abraham y a su descendencia por los siglos de los siglos.

222. Como Santa Isabel fue la primera que oyó este dulce cántico de la boca de María santísima, así también fue la primera que le entendió y con su infusa inteligencia le comentó. Entendió en él grandes misterios de los que encerró su autora en tan pocas razones. Magnificó el espíritu de María santísima al Señor por la excelencia de su ser infinito; refirió y dio a él toda la gloria y alabanza, como a principio y fin de todas sus obras, conociendo y confesando que sólo en Dios se debe gloriarse y alegrar toda criatura, pues él solo es todo su bien y su salud. Confesó asimismo la equidad y magnificencia del Altísimo en atender a los humildes y poner en ellos su divino amor y espíritu con abundancia, y cuán digna cosa es que los mortales vean, conozcan y ponderen que por esta humildad alcanzó ella que todas las naciones la llamasen bienaventurada; y con ella merecerán también esta misma dicha todos los humildes, cada uno en su grado. Manifestó también en sola una palabra todas las misericordias, beneficios y favores que hizo con ella el Todopoderoso y su santo y admirable nombre, llamándolas grandes cosas, porque ninguna fue pequeña en capacidad y disposición tan inmensa como la de esta gran Reina y Señora.

223. Y como las misericordias del Altísimo redundaron de la plenitud de María santísima para todo el linaje humano y ella fue la puerta del cielo por donde todas salieron y salen y por donde todos hemos de entrar a la participación de la divinidad, por esto confesó que la

misericordia del Señor con ella se extendería por todas las generaciones para comunicarse a los que le temen. Y así como las misericordias infinitas levantan a los humildes y buscan a los que temen a Dios, también el poderoso brazo de su justicia disipa y destruye a los soberbios con la mente de su corazón y los derriba de su solio o trono para colocar en el a los pobres y humildes. Esta justicia del Señor se estrenó con admiración y gloria en la cabeza de los soberbios Lucifer y en sus secuaces, cuando los disipó y derribó el brazo poderoso del Altísimo —porque ellos mismos se precipitaron— de aquel lugar y asiento levantado de la naturaleza y de la gracia, que tenían en la primera voluntad de la mente divina y de su amor, con que quiere que sean todos salvos (1 Tim 2, 4); y su precipitación fue su desvanecimiento con que intentaron subir (Is 14, 13) adonde ni podían ni debían, y con esta arrogancia toparon contra los justos e investigables juicios del Señor, que disiparon y derribaron el soberbio ángel y todos los de su séquito (Ap 12, 9), y en su lugar fueron colocados los humildes por medio de María santísima, madre y archivo de las antiguas misericordias.

224. Por esta misma razón dice y confiesa también esta divina Señora que enriqueció Dios a los pobres, llenándolos de la abundancia de sus tesoros de gracia y gloria, y a los ricos de propia estimación, presunción y arrogancia, y a los que llenan su corazón de los falsos bienes que tiene el mundo por riquezas y felicidad, a éstos los despidió y despide el Altísimo de sí mismo, vacíos de la verdad, que no puede caber en corazones tan ocupados y llenos de mentira y falacia. Recibió a su siervo y a su niño Santa Israel, acordándose de su misericordia, para enseñarle dónde está la prudencia (Bar 3, 14), dónde está la verdad, dónde está el entendimiento, dónde la vida larga y su alimento, dónde está la lumbre de los ojos y la paz. A éste enseñó el

camino de la prudencia y las ocultas sendas de la sabiduría y disciplina, que se escondió de los príncipes de las gentes y no la conocieron los poderosos que predominan sobre las bestias de la tierra y se entretienen y juegan con las aves del cielo y amontonan los tesoros de plata y oro; ni la alcanzaron los hijos de Agar y los habitantes de Teman, que son los sabios y prudentes soberbios de este mundo. Pero entrégasela el Altísimo a los que son hijos de luz y de Abrahán por la fe (Gal 3, 7), por la esperanza y obediencia, porque así se lo prometió a él y a su posteridad y generación espiritual, por el bendito y dichoso fruto del vientre virginal de la santísima Virgen María.

225. Entendió Santa Isabel estos escondidos misterios, oyendo a la Reina de las criaturas; y no sólo eso, que yo puedo manifestar, entendió la dichosa matrona, pero muchos y mayores sacramentos que no alcanza mi entendimiento; ni tampoco me quiero alargar en todo lo que se me ha declarado, porque me dilataría demasiado en este discurso. Pero en las dulces pláticas y conferencias divinas que tuvieron estas dos señoras y mujeres santas y prudentes, María purísima y su prima Isabel, me acordaron los dos serafines que vio Isaías (Is 6, 2-3) sobre el trono del Altísimo, alternando aquel cántico divino y siempre nuevo: *Santo, Santo, Santo, etc.*, cubriendo con dos alas su cabeza, con dos los pies y volando con otras dos. Claro está que el encendido amor de estas divinas Señoras excedía a todos los serafines, y sola María santísima amaba más que todos ellos. En este divino incendio se abrasaban, extendiendo las alas de los pechos para manifestárselos una a otra y para volar a la más levantada inteligencia de los misterios del Altísimo. Con otras dos alas de rara sabiduría cubrían su cabeza, porque entrambas propusieron y concertaron el secreto del sacramento del Rey y guardarle para sí solas toda la vida, y porque también cautivaron y sujetaron su

discurso, creyendo con rendimiento, sin altivez ni curiosidad. Cubrieron asimismo los pies del Señor y suyos con alas de serafines, estando humilladas y aniquiladas en su baja estimación a la vista de tanta Majestad. Y si María santísima encerraba en su virginal vientre al mismo Dios de la majestad, con razón y toda verdad diremos que cubría el trono donde el Señor tenía su asiento.

226. Cuando fue hora que saliesen las dos Señoras de su retiro, Santa Isabel ofreció a la Reina del cielo su persona por esclava y a toda su familia y casa para su servicio, y que para su quietud y recogimiento admitiese un aposento de que ella misma usaba para la oración, por más retirado y acomodado para esta ocupación. La divina Princesa con rendido agradecimiento admitió el aposento y le señaló para su recogimiento y para dormir; y nadie entró en él fuera de las dos primas. Y en lo demás se ofreció a servir y asistir a Santa Isabel como sierva, pues para esto dijo había venido a visitarla y consolarla. ¡Oh qué amistad tan dulce, tan verdadera e inseparable, unida con el mayor vínculo del amor divino! Admirable veo al Señor en manifestar este gran sacramento de su encarnación a tres mujeres primero que a otro ninguno del linaje humano; porque la primera fue Santa Ana, como queda dicho en su lugar (Cf. supra p. I n. 184), la segunda fue su Hija y Madre del Verbo, María santísima, la tercera fue Santa Isabel y su Hijo con ella, pero en el vientre de su madre, que no se reputa por otra persona a que fue manifestó; que *lo estulto de Dios es más sabio que los hombres*, como dijo san Pablo (1 Cor 1, 25).

227. Salieron María santísima y Santa Isabel de su retiro entrada ya la noche, habiendo estado grande rato en él, y la Reina vio a Zacarías que estaba con su mudez y le pidió su bendición como a Sacerdote del Señor, y el Santo se la dio. Pero aunque le vio con piedad y ternura

de que estaba mudo, como sabía el sacramento que había encerrado en aquel trabajo, no se movió a remediarle por entonces, pero hizo oración por él. Santa Isabel, que ya conocía la buena dicha del castísimo esposo San José, aunque entonces la ignoraba él, le acarició y regaló con grande reverencia y estimación. Y después de tres días que había estado en casa de San Zacarías, pidió licencia a su divina esposa María para volverse a Nazaret, dejándola en compañía de Santa Isabel para que la asistiese en su preñado. Despidióse el Santo esposo con acuerdo que volvería por la Reina cuando le diese aviso; y Santa Isabel le ofreció algunos dones que llevase a su casa, pero de todo recibió muy poco, y esto por la instancia que le hizo, porque era el varón de Dios no sólo amador de la pobreza, pero de corazón magnánimo y generoso. Con esto caminó la vuelta de Nazaret con la bestezuela que había traído. Y en su casa le sirvió en ausencia de su esposa una mujer vecina y deuda, que solía acudir a las cosas que se le ofrecían traer de fuera cuando estaba en su casa María santísima Señora nuestra.

Doctrina que me dio la misma Reina y Señora nuestra.

228. Hija mía, para que en tu corazón más se encienda la llama del deseo con que te veo siempre de conseguir la gracia y amistad de Dios, deseo yo mucho que conozcas la dignidad y excelencia y felicidad grande de un alma, cuando llega a recibir esta hermosura; pero es tan admirable y de tanto valor, que no la podrás comprender aunque yo te la manifieste, y mucho menos es posible que lo expliques con tus palabras. Atiende al Señor y mírale con su divina luz que recibes, y en ella conocerás cómo es más gloriosa obra para el Señor justificar sola un alma, que haber criado todos los orbes del cielo y de la tierra con el complemento y perfección natural que tienen. Y si por estas maravillas que perciben

las criaturas en mucha parte por los sentidos corporales conocen a Dios por grande y poderoso (Rom 1, 20), ¿qué dirían y qué juzgarían, si viesen con los ojos del alma lo que vale y monta la hermosura de la gracia en tantas criaturas capaces de recibirla?

229. No hay términos ni palabras con que adecuar lo que en sí es aquella participación del Señor y perfecciones de Dios que contiene la gracia santificante: poco es llamarla más pura y blanca que la nieve, más refulgente que el sol, más preciosa que el oro y que las piedras, más apacible, más amable y agradable que todos los deleitables regalos y caricias y más hermosa que todo cuanto puede imaginar el deseo de las criaturas. Atiende asimismo a la fealdad del pecado, para que por su contrario vengas en mayor conocimiento de la gracia, porque ni las tinieblas, ni la corrupción, ni lo más horrible, espantable y feo, llega a compararse con ella y con su mal olor. **Mucho conocieron de esto los Mártires y los Santos que por conseguir esta hermosura y no caer en aquella infeliz ruina, no temieron el fuego, ni las fieras, las navajas, tormentos, cárceles, ignominias, penas, dolores, ni la misma muerte, ni el prolongado y perpetuo padecer (Heb 11, 36-37);** que todo esto es menos, pesa menos y vale más poco y no se debe estimar por conseguir un solo grado de gracia; y éste y muchos puede tener un alma, aunque sea la más desechada del mundo. Y todo esto ignoran los hombres, que sólo estiman y codician la fugitiva y aparente hermosura de las criaturas, y lo que no la tiene es para ellos vil y contentible.

230. Por esto conocerás algo del beneficio que hizo el Verbo humanado a su precursor San Juan Bautista en el vientre de su madre; y él lo conoció, y con este conocimiento saltó en él de alegría y júbilo. Conocerás asimismo cuánto debes tú hacer y padecer para

conseguir esta felicidad y no perder ni manchar tan estimable hermosura con culpa alguna, por leve que sea, ni retardarla con ninguna imperfección. Y quiero que, a imitación de lo que yo hice con Santa Isabel mi prima, no admitas ni introduzcas amistad con humana criatura y sólo trates con quien puedes y debes hablar de las obras del Altísimo y sus misterios y que te pueda enseñar el camino verdadero de su divino beneplácito. Y aunque tengas grandes ocupaciones y cuidados, no dejes ni olvides los ejercicios espirituales y el orden de vida perfecta, porque éste no sólo se ha de conservar y guardar en la comodidad, pero también en la mayor contradicción, dificultad y ocupaciones, porque la naturaleza imperfecta con poca ocasión se relaja.

CAPITULO 18

Ordena María santísima sus ejercicios en casa de San Zacarías, y algunos sucesos con Santa Isabel.

231. Santificado ya el precursor Juan y renovada su madre Santa Isabel con mayores dones y beneficios, que fue todo el principal intento de la visitación de María santísima, determinó la gran Reina disponer las ocupaciones que había de tener en casa de San Zacarías, porque no en todo podían ser uniformes a las que tenía en la suya. Para encaminar su deseo con la dirección del Espíritu divino se recogió y postró en presencia del Altísimo y le pidió, como solía, la gobernase y ordenase lo que debía hacer el tiempo que estuviese en casa de sus siervos Santa Isabel y San Zacarías, para que en todo fuese agradable y cumplierse enteramente el mayor beneplácito de su altísima Majestad. Oyó su petición el Señor y la respondió, diciéndola: Esposa y paloma mía, yo gobernaré todas tus acciones y encaminaré tus pasos a mi mayor servicio y agrado y te señalaré el día que quiero que vuelvas a tu casa; y mientras estuvieres en la

de mi sierva Isabel, tratarás y conversarás con ella, y en lo demás continúa tus ejercicios y peticiones, en especial por la salud de los hombres y para que no use con ellos de mi justicia por las incesantes ofensas que contra mi bondad multiplican. Y en esta petición me ofrecerás por ellos el Cordero sin mancha (1 Pe 1, 19) que tienes en tu vientre, que quita los pecados del mundo (Jn 1, 29). Estas serán ahora tus ocupaciones.

232. Con este magisterio y nuevo mandato del Altísimo, ordenó la Princesa de los cielos todas las ocupaciones que había de tener en casa de su prima Santa Isabel. Levantábase a media noche, continuando siempre este ejercicio, y en él vacaba a la incesante contemplación de los misterios divinos, dando a la vigilia y al sueño lo que perfectísimamente y con proporción correspondía al estado natural del cuerpo. En cada uno de estos tiempos y en todos recibía nuevos favores, ilustraciones, elevaciones y regalos del Altísimo. Tuvo en aquellos tres meses muchas visiones de la divinidad por el modo abstractivo, que era el más frecuente, y más lo era la visión de la humanidad santísima del Verbo con la unión hipostática, porque su virginal tálamo, donde le traía, era su perpetuo altar y oratorio. Mirábale con los aumentos que cada día iba recibiendo aquel sagrado cuerpo, y en esta vista, y los sacramentos que cada día se le manifestaban en el campo interminable de la divinidad y poder divino, crecía también el espíritu de esta gran Señora; y muchas veces con el incendio del amor y sus ardientes afectos llegara a desfallecer y morir, si no fuera confortada por la virtud del Señor. Acudía entre estos disimulados oficios a todos los que se ofrecían del servicio y consuelo de su prima Santa Isabel, aunque sin darles un momento más de lo que la caridad pedía. Volvía luego a su retiro y soledad, donde con mayor libertad se derramaba el espíritu en la presencia del Señor.

233. Tampoco estaba ociosa por ocuparse en el interior, que al mismo tiempo trabajaba en algunas obras de manos muchos ratos. Y fue tan feliz en todo el precursor San Juan Bautista, que esta gran Reina con las suyas le hizo y labró los fajos y mantillas en que se envolvió y crió, porque le solicitó esta buena dicha la devoción y atención de su madre Santa Isabel, que con la humildad de sierva que la tenía se lo suplicó a la divina Señora, y ella con increíble amor y obediencia lo hizo por ejercitarse en esta virtud y obedecer a quien quería servir como la más inferior de sus criadas; que siempre en humildad y obediencia vencía María santísima a todos. Y aunque Santa Isabel procuraba anticiparse en muchas cosas a servirla, pero ella con su rara prudencia y sabiduría incomparable se anticipaba y lo prevenía todo para ganar siempre el triunfo de la virtud.

234. Tenían sobre esto las dos primas grandes y dulces competencias de sumo agrado para el Altísimo y admiración de los Ángeles; porque Santa Isabel era muy solícita y cuidadosa en servir a nuestra Señora y gran Reina y en que lo hiciesen todos los de su familia; pero la que era maestra de las virtudes, María santísima, más atenta y oficiosa prevenía y divertía los cuidados de su prima, y la decía: Amiga y prima mía, yo tengo mi consuelo en ser mandada y obedecer toda mi vida; no es bien que vuestro amor me prive del que yo recibo en esto, siendo la menor; la misma razón pide que sirva no sólo a vos como a mi madre, pero a todos los de vuestra casa; tratadme como a vuestra sierva mientras estuviere en vuestra compañía.—Respondió Santa Isabel: Señora y amada mía, antes me toca a mí obedeceros y a vos mandarme y gobernarme en todas las cosas; y esto os pido yo con más justicia, porque si vos, Señora, queréis ejercitar la humildad, yo debo el culto y reverencia a mi Dios y Señor que tenéis en vuestro virginal vientre, y

conozco vuestra dignidad digna de toda honra y reverencia.—Replicaba la prudentísima Virgen: Mi Hijo y mi Señor no me eligió por Madre para que en esta vida me diesen tal veneración como a Señora, porque su reino no es de este mundo (Jn 18, 36), ni viene a Él a ser servido, más a servir (Mt 20, 28) y padecer y enseñar a obedecer y humillarse los mortales, condenando su soberbia y fausto. Pues si esto me enseña Su Majestad altísima, y se llama oprobio de los hombres (Sal 21, 7), ¿cómo yo, que soy su esclava, y no merezco la compañía de las criaturas, consentiré que me sirvan las que son formadas a su imagen y semejanza? (Gen 1, 27).

235. Instaba siempre Santa Isabel, y decía: Señora y amparo mío, eso será para quien ignora el sacramento que en vos se encierra, pero yo, que sin merecerlo recibí del Señor esta noticia, seré muy reprehensible en su presencia, si no le doy en vos la veneración que debo como a Dios y a vos como a su Madre; que a entrambos es justo sirva como esclava a sus señores.—Respondió a esto María santísima: Amiga y hermana mía, esa reverencia que debéis y deseáis dar, débese al Señor que tengo en mis entrañas, que es verdadero y sumo bien y nuestro Salvador, pero a mí que soy pura criatura y entre ellas un pobre gusanillo, miradme como lo que soy por mí, aunque adoréis al Criador que me eligió por pobre para su morada, y con la misma luz de la verdad daréis a Dios lo que se debe y a mí lo que me toca, que es servir y ser inferior a todos; y esto os pido yo por mi consuelo y por el mismo Señor que traigo en mis entrañas.

236. En estas felicísimas y dichosas emulaciones gastaban algunos ratos María santísima y su deuda Santa Isabel. Pero la sabiduría divina de nuestra Reina la hacía tan estudiosa e ingeniosa en materias de humildad y obediencia, que siempre quedaba victoriosa, hallando

medios y caminos con que obedecer y ser mandada; y así lo hizo con Santa Isabel todo el tiempo que estuvieron juntas, pero de tal suerte que entrambas respectivamente trataban con magnificencia el sacramento del Señor que en su pecho estaba oculto y depositado en María santísima, como Madre y Señora de las virtudes y de la gracia, y su prima Santa Isabel como matrona prudentísima y llena de la divina luz del Espíritu Santo. Y con ella dispuso cómo proceder con la Madre del mismo Dios, dándole gusto y obedeciéndola en lo que podía y juntamente reverenciando su dignidad, y en ella a su Criador. Propuso en su corazón que si alguna cosa ordenase a la Madre de Dios, sería por obedecerla y satisfacer a su voluntad; y cuando lo hacía pedía licencia y perdón al Señor, y junto con esto no la ordenaba cosa alguna con imperio sino rogándola; y sólo en lo que era para algún alivio de la Reina, como para que durmiese y comiese, la hacía mayor fuerza; y también la pidió hiciese alguna labor de manos para ella, y las hizo; pero nunca Santa Isabel usó de ellas, porque las guardó con veneración.

237. Por estos modos conseguía María santísima la práctica de la doctrina que venía a enseñar el Verbo humanado, humillándose el que era forma del Padre eterno (Flp 2, 6), figura de su sustancia (Heb 1, 3) y Dios verdadero de Dios verdadero, para tomar la forma y ministerio de siervo. Madre era esta Señora del mismo Dios, Reina de todo lo criado, superior en excelencia y dignidad a todas las criaturas y siempre fue sierva humilde de la menor de ellas y jamás admitió obsequio ni servicio suyo como porque se le debiese, ni jamás se engrió ni dejó de hacer humildísimo juicio. ¿Qué dirá aquí ahora nuestra execrable presunción y soberbia, pues muchos llenos de abominables culpas somos tan insensatos, que con aborrecible demencia juzgamos se nos debe el obsequio y veneración de todo el mundo? Y

si nos le niegan, perdemos tan aprisa el poco seso que las pasiones nos han dejado. Toda esta divina Historia es una estampa de humildad y una sentencia contra nuestra soberbia. Y porque a mí no me toca de oficio enseñar ni corregir, pero ser enseñada y gobernada, ruego y pido a todos los fieles, hijos de la luz, que pongamos este ejemplar delante de los ojos, para humillarnos en su presencia.

238. No fuera dificultoso para el Señor retraer a su Madre santísima de tantos extremos de humildad y de muchas acciones con que la ejercitaba, y pudiera engrandecerla con las criaturas, ordenando que fuera aclamada, honrada y respetada de todas con las demostraciones que sabe hacerlo el mundo con aquellos que quiere honrar y celebrar, como lo hizo Asuero con Mardoqueo (Est 6, 10). Y por ventura, si esto lo hubiera de gobernar el juicio de los hombres, ordenara que una mujer más santa que todos los órdenes del cielo y que en su vientre tenía al Criador de los mismos ángeles y cielos estuviera siempre guardada, retirada y adorada de todos; y les pareciera cosa indigna que se ocupara en cosas humildes y serviles y que dejara de mandarlo todo y admitir toda reverencia y autoridad. Hasta aquí llega la humana sabiduría, si puede llamarse sabiduría la que tan poco alcanza. Pero no cabe este engaño en la ciencia verdadera de los Santos, participada de la sabiduría infinita del Criador, que pone el nombre y precio justo a las honras y no trueca las suertes de las criaturas. Mucho le quitara y poco le diera el Altísimo a su querida Madre en esta vida, si la privara y retrajera de las obras de profundísima humildad y la levantara en el aplauso exterior de los nombres; y mucho le faltara al mundo, si no tuviera esta doctrina y escuela en que aprender y este ejemplo con que humillar y confundir su soberbia.

239. Fue Santa Isabel muy favorecida del Señor desde

el día que le tuvo por huésped en su casa, en el vientre de su Madre Virgen. Y con las continuas pláticas y trato familiar de esta divina Reina, como sabía y conocía los misterios de la encarnación, fue creciendo la gran matrona en todo género de santidad, como quien la bebía en su fuente. Algunas veces merecía ver a María santísima en oración arrebatada y levantada del suelo y toda llena de divinos resplandores y hermosura, que no podía verle él rostro ni pudiera sufrir su presencia si no la confortara la virtud divina. En estas ocasiones y en otras, cuando a excusa de María santísima podía mirarla, se postraba y se ponía de rodillas delante y en presencia suya y adoraba al Verbo encarnado en el templo del virginal vientre de la beatísima Madre. Todos los misterios que conoció por la divina luz y por el trato de la gran Reina los guardó Santa Isabel en su pecho, como depositaría fidelísima y secretaria muy prudente de lo que se le había fiado. Sólo con su hijo San Juan Bautista y con San Zacarías, en lo que vivió después del nacimiento del hijo, pudo Santa Isabel conferir algo de los sacramentos que todos conocieron; pero en todo fue mujer fuerte, sabia y muy santa.

Doctrina que me dio la Reina santísima María.

240. Hija mía, los beneficios del Altísimo y la noticia de sus divinos misterios en las almas atentas engendran un linaje de inclinación y aprecio de la humildad que con fuerza eficaz y suave las lleva, como la ligereza al fuego y la gravedad a la piedra, a su lugar legítimo y natural. Esto hace la verdadera luz, que coloca y pone a la criatura en el conocimiento claro de sí misma y a las obras de la gracia las reduce a su origen, de donde viene todo perfecto don (Sant 1, 17), y así constituye en su centro a cada uno. Y éste es el orden rectísimo de la buena razón, que turba y casi violenta la falsa presunción de los mortales; por esto la soberbia, y el corazón donde

vive, no sabe apetecer el desprecio ni consentirle, ni sufre superior y aun de los iguales se ofende y todo lo violenta por ser solo y sobre todos. Pero el corazón humilde con los beneficios mayores se aniquila más y de ellos le nace una codicia y un afán ardiente en su quietud, para abatirse y buscar el último lugar, y se halla violentado cuando no le tiene inferior a todos y cuando le falta la humillación.

241. En mí conocerás, carísima, la práctica verdadera de esta doctrina; pues ninguno de los favores y beneficios que obró la divina diestra conmigo fue pequeño, pero nunca mi corazón se elevó (Sal 130, 1) ni anduvo sobre sí con presunción, ni supo codiciar más que el abatimiento y último lugar de todas las criaturas. Esta imitación quiero de ti con especial deseo y que tu solicitud sea ser menos entre todos y ser mandada, abatida y reputada por inútil; y en la presencia del Señor y de los hombres te has de juzgar por menos que el mismo polvo de la tierra. No puedes negar que ninguna generación ha sido más beneficiada que lo eres tú y ninguna lo ha merecido menos; pues ¿cómo recompensarás esta gran deuda si no te humillas a todos, y más que todos los hijos de Adán, y si no engendras conceptos altos y afectos amorosos de la humildad? Bueno es obedecer a tus prelados y maestros y así lo debes hacer siempre, pero yo quiero de ti que te adelantes más y obedezcas al más pequeño en todo lo que no fuere culpable, como obedecieras al mayor superior; y en esto es mi voluntad que seas muy estudiosa, como yo lo era.

242. Sólo con tus subditas advertirás a dispensar este rendimiento con más cuidado, para que conociendo tu deseo de obedecer, no quieran que alguna vez lo hagas en lo que no conviene. Pero sin que pierdan ellas su rendimiento, puedes tú granjear mucho dándoles ejemplo con tenerle siempre en lo justo, sin derogar a la auto-

ridad de prelada. Cualquier disgusto o injuria, si alguna se hiciere sola a ti, admítela con gran aprecio, sin mover tus labios para defenderte ni querellarte, y las que fueren contra Dios repréndelas, sin mezclar tu causa con la de Su Majestad, porque para defenderte jamás has de hallar causa y para la honra de Dios siempre; pero ni para la una ni para la otra no has de moverte con ira ni enojo desordenado. También quiero que tengas gran prudencia en disimular y ocultar los favores del Señor, porque el sacramento del Rey no se ha de manifestar (Tob 12, 7) livianamente, ni los hombres carnales son capaces (1 Cor 2, 14) ni dignos de los misterios del Espíritu Santo. En todo me imita y sigue, pues deseas ser mi hija carísima, que con obedecerme lo conseguirás y obligarás al Todopoderoso para que te fortalezca y enderece tus pasos a lo que quiere obrar en ti; no le resistas, sino dispón y prepara tu corazón suave y presto para obedecer a su luz y gracia; no esté en ti vacía (2 Cor 6, 1), sino obra diligente y vayan llenas de perfección tus acciones.

CAPITULO 19

Algunas conferencias que tenía María santísima con sus Santos Ángeles en casa de Santa Isabel y otras con ella misma.

243. La plenitud de la sabiduría y gracia de María santísima con su inmensa capacidad no podían dejar vacío ningún tiempo, ni lugar, ni ocasión a que no diese el lleno de la mayor perfección, obrando en todo tiempo y sazón lo que pedía y podía, sin faltar a lo más santo y excelente de la virtud. Y como en todas partes era peregrina en la tierra y moradora del cielo, y ella misma era el cielo intelectual y más glorioso, y el templo vivo de la habitación del mismo Dios, siempre traía consigo el oratorio y el sagrario, y no hacía diferencia en esto de su

casa propia a la de Santa Isabel su prima, ni otra ninguna no le impedía lugar ni tiempo ni ocupación. A todo era superior y sin embarazo vacaba incesantemente a la vista y fuerza del amor; y entre todo esto a tiempos oportunos confería con las criaturas y trataba con ellas lo que pedía la ocasión y lo que la prudentísima Señora podía y convenía dar a cada cosa. Y porque su conversación más continua en estos tres meses que estuvo en casa de Zacarías era con Santa Isabel y con los Santos Ángeles de su guarda, diré en este capítulo algo de lo que confería con ellos y otras cosas que con la misma Santa le sucedieron.

244. En hallándose libre y sola nuestra divina Princesa, pasaba muchos ratos abstraída y elevada en las contemplaciones y visiones divinas que tenía, y unas veces en ellas y otras fuera de ellas solía conferir con sus Santos Ángeles los misterios y sacramentos de su amoroso pecho. Un día, luego que estuvo en casa de San Zacarías, les habló y dijo: Espíritus celestiales, custodios y compañeros míos, embajadores del Altísimo y luceros de su divinidad, venid y alentad mi corazón preso y herido de su divino amor, que le aflige su misma limitación, porque no puede corresponder con obras a la debida deuda que reconoce y adonde se extienden sus deseos. Venid, príncipes soberanos, y alabad conmigo el admirable nombre del Señor y engrandezcámosle por sus santísimos pensamientos y obras. Ayudad a este pobre gusanillo para que bendiga a su Hacedor, que se dignó piadoso de mirar esta pequeñez. Hablemos de las maravillas de mi Esposo, tratemos de la hermosura de mi Señor, de mi Hijo amantísimo, desahóguese este corazón, hallando a quién manifestar sus íntimos suspiros con vosotros, amigos y compañeros míos, que conocéis mi secreto y mi tesoro que depositó el Altísimo en la estrechez de este vaso frágil y limitado. Grandes son estos sacramentos divinos y admirables son estos

misterios y, aunque con afectos dulces los contemplo, pero su grandeza soberana me aniquila, su profundidad me anega, la misma eficacia de mi amor me desfallece y me renueva. Nunca mi abrasado corazón se satisface, no alcanza entero reposo, porque mi deseo se adelanta a mis obras y mi obligación a mis deseos, y me querello de mí misma, porque no obro lo que deseo, ni deseo todo lo que debo, y siempre me hallo vencida y limitada en el retorno. Serafines soberanos, oíd mis ansias amorosas; enferma estoy de amor (Cant 2, 5), abridme vuestros pechos, donde reverbera la hermosura de mi Dueño, para que los resplandores de su luz, las señas de su belleza entretengan la vida que desfallece por su amor.

245. Madre de nuestro Criador y Señora nuestra — respondieron los Santos Ángeles—, vos tenéis en posesión verdadera al Todopoderoso y sumo bien, y pues le tenéis con tan estrecho lazo y sois su verdadera Esposa y Madre, gozadle y tenedle eternamente. Esposa y Madre sois del Dios de amor, y si en vos está la causa única y la fuente de la vida, nadie vivirá con ella como vos, Reina y Señora nuestra. Mas no queráis en vuestro amor tan encendido hallar descanso, pues la condición y estado de viadora no permite ahora que vuestros afectos lleguen a su término, ni se retarden en adquirir nuevos aumentos de mayores méritos y corona. A todas las naciones exceden sin comparación vuestras obligaciones, pero siempre han de crecer y ser mayores, y nunca vuestro amor tan encendido se adecuará con el objeto, porque es eterno y en perfecciones infinito y sin medida, y siempre de su grandeza quedaréis dichosamente vencida; pues nadie le puede comprender, sino él a sí mismo se comprende y se ama cuanto debe ser amado. Y siempre Vos, Señora, hallaréis en Él que desear más y más que amar, y esto pertenece a su grandeza y nuestra gloria.

246. Con estos coloquios y conferencias se encendía más el fuego del divino amor en el corazón de María santísima, porque en ella se cumplió legítimamente el mandato del Señor: que en su tabernáculo y altar ardiese continuamente el fuego del holocausto y que le fomentase el antiguo sacerdote para que fuese perpetuo (Lev 6, 12-13). Esta verdad se ejecutó en María santísima, donde estaban juntos el tabernáculo, el altar y el Sumo y nuevo Sacerdote Cristo nuestro Señor, que conservaba este divino incendio y le acrecentaba cada día administrando nueva materia de favores, beneficios e influjos de su divinidad; y la muy excelsa Señora asimismo administraba sus continuas obras, sobre cuyo incomparable valor caían los nuevos dones del Señor, que acrecentaban su santidad y gracia. Y después que esta Señora entró en el mundo, se encendió el fuego de su amor divino, para no extinguirse en aquel altar por toda la eternidad del mismo Dios. Tan perpetuo fue y continuo, y será, el fuego de este vivo santuario.

247. Otras veces hablaba y conversaba con los Santos Ángeles, manifestándosele en forma humana, como en diversas partes he dicho (Cf. supra p.l n. 329, 421, 761; p. II n. 181, 202, etc.) ; y la más repetida conversación era de los misterios del Verbo humanado, y en esto era tan profunda, hablando de las Escrituras y profetas, que causaba admiración a los mismos Ángeles. En una ocasión confiriendo con ellos estos sacramentos venerables, les dijo: Señores míos y siervos del Altísimo y sus amigos, lastimado está mi corazón y penetrado con flechas dolorosas, considerando lo que de mi Hijo santísimo dicen las Escrituras Santas, y lo que escribieron San Isaías (Is 53, 2ss) y San Jeremías (Jer 11, 19) de los acerbísimos dolores y tormentos que le esperan, y Salomón dice (Sab 2, 20) que le condenarán a torpísimo género de muerte, y siempre hablan los profetas con grande ponderación de su pasión y muerte y todo ha de

venir a ejecutarse en él. ¡Oh si fuera la voluntad de Su Alteza que yo viviera entonces para entregarme a la muerte por el autor de mi vida! Aflíjese mi espíritu, confiriendo en mi pecho estas verdades infalibles, y de mis entrañas ha de salir mi bien y mi Señor a padecer. ¡Oh quién le guardara y le defendiera de sus enemigos! Decidme, príncipes soberanos, ¿con qué obras o por qué medios obligaré al eterno Padre para que se convierta contra mí el rigor de su justicia y quede libre el inocente que no puede tener culpa? Bien conozco que para satisfacer a Dios infinito, ofendido de los hombres, se piden obras de Dios humanado, pero con la primera que hizo mi Hijo santísimo ha merecido más que pudo perder y ofender el linaje humano. Pues si esto es suficiente, decidme: ¿será posible que yo muera por excusar su muerte y sus tormentos? No se desgraciara por mis deseos humildes, no le disgustarán mis angustias. Pero ¿qué digo y a dónde me lleva la pena y el afecto? Pues en todo quiero que se cumpla la voluntad divina a que estoy rendida.

248. Estos y otros semejantes coloquios tenía María santísima con sus Ángeles, especialmente en el tiempo de su preñado; y los divinos espíritus la respondían a todos sus cuidados con grande reverencia y la confortaban y consolaban renovándole la memoria de los mismos sacramentos que ella conocía y proponiéndole las razones y conveniencias de que muriese Cristo nuestro Señor para rescate del linaje humano, para vencer al demonio y privarle de su tiranía y para la gloria del eterno Padre y exaltación del santísimo y altísimo Señor, Hijo suyo. Fueron tantos y tan altos los misterios de esta gran Reina con sus Ángeles, que ni lengua humana los puede referir, ni nuestra capacidad en esta vida puede percibir tantas cosas. En el Señor veremos las que ahora no alcanzamos cuando le gocemos. Y por lo poco que he dicho puede nuestra piedad venir a la consi-

deración de otras cosas mayores.

249. Era también Santa Isabel muy capaz e ilustrada en las divinas Escrituras, y lo fue mucho más desde la hora de la visitación, y así confería con ella nuestra Reina los misterios divinos que conocía y entendía la santa matrona, y fue más informada y enseñada por la doctrina de María santísima, por cuya intercesión recibió grandes beneficios y dones del cielo. Admirábase muchas veces de ver y oír la profunda sabiduría de la Madre de Dios y de nuevo la volvía a bendecir, y le decía: Bendita seáis, Señora mía y Madre de mi Señor, entre todas las mujeres (Lc 1, 42), y todas las naciones engrandezcan vuestra dignidad y la conozcan. Dichosísima sois por el tesoro riquísimo que portáis en vuestro virginal vientre; yo os doy humildes y afectuosas enhorabuenas del gozo que tendréis en vuestro espíritu, cuando el Sol de Justicia esté en vuestros brazos y le alimentéis a vuestros virgíneos pechos. Acordaos entonces. Señora mía, de vuestra sierva y ofrecedme a vuestro Hijo santísimo y mi Dios verdadero en la carne humana, para que reciba mi corazón en sacrificio. ¡Oh quién mereciera serviros desde ahora y asistiros! Pero si desmerezco conseguir esta dicha, tenga yo la de que llevéis mi corazón en vuestro pecho, pues no sin causa temo se me ha de dividir cuando me aparte de vos.—Otros dulcísimos afectos de amor tiernísimo tenía Santa Isabel en compañía y presencia de María santísima; y la prudentísima Señora la consolaba, renovaba y vivificaba con sus divinas y eficaces razones. Y entre estas acciones tan excelentes y soberanas interponía otras muchas de humildad y abatimiento, sirviendo no sólo a su prima Santa Isabel, pero a las criadas de su casa. Y cuando alcanzaba ocasión barría la casa de su deuda, y siempre el oratorio donde estaba de ordinario, y con las criadas lavaba los platos, y otras cosas obraba de profunda humildad. Y no se extrañe que particularice estas acciones tan pequeñas,

porque la grandeza de nuestra gran Reina las engrandece para nuestra enseñanza y que a su vista se desvanezca nuestra soberbia y se abata nuestra villantez. Cuando Santa Isabel sabía los oficios humildes que ejercitaba la Madre de piedad, lo sentía y la impedía, y por esto la divina Señora se ocultaba cuanto le era posible de su prima.

250. ¡Oh Reina y Señora de los cielos y de la tierra, amparo y abogada nuestra!, aunque sois maestra de toda santidad y perfección, con admiración de vuestra humildad me atrevo, Madre mía, a preguntaros: ¿cómo sabiendo que en vuestro virginal vientre estaba el Unigénito del Padre humanado y que como Madre suya os queríadeis gobernar en todo, se humillaba vuestra grandeza a tan bajas acciones como barrer el suelo y las demás obras, pues, a nuestro entender, por la reverencia de vuestro Hijo santísimo las podíades excusar sin faltar a vuestro deseo? El mío, Señora, es entender cómo se gobernaba en esto Vuestra Majestad.

Respuesta y doctrina de la Reina del cielo.

251. Hija mía, para responder a tu duda, a más de lo que dejás escrito en el capítulo precedente, debes advertir que ninguna ocupación o acto exterior en materia de virtud, por más humilde que sea, puede impedir, si se ordena bien, para dar el culto, reverencia y alabanza al Criador de todas las cosas; porque estas virtudes no se excluyen unas a otras, antes son todas compatibles en la criatura, y más en mí, que siempre tuve presente al sumo bien sin perderle de vista por un medio o por otro. Y así le adoraba y respetaba en todas las acciones, refiriéndolas siempre a su mayor gloria; y el mismo Señor, que hizo y ordenó todas las cosas, ninguna desprecia, ni tampoco le ofenden ni le tocan las cosas ínfimas. Y el alma que le ama de veras no extraña cosa

alguna de estas humildes en su divina presencia, porque todas le buscan y le hallan como principio y fin de toda criatura. Y porque no puede vivir la que es terrena sin estas acciones humildes, y otras que son inseparables de la condición frágil y de la conservación de la naturaleza, es necesario entender bien esta doctrina para gobernarse en ellas; porque si acudiendo a estas acciones y pensiones no atendiese a su Criador, haría muchos y largos intervalos en las virtudes y méritos y en el uso de las interiores, y todo es mengua y defecto reprehensible y poco advertido de las criaturas terrenas.

252. Por esta doctrina debes regular tus acciones terrenas, cualesquiera que sean, para que no pierdas el tiempo, que jamás se recompensa; y sea comiendo (1 Cor 10, 31), trabajando, descansando, durmiendo y velando, en cualquiera tiempo, lugar y ocupación, en todas adora, reverencia y mira a tu Señor grande y poderoso, que todo lo llena y lo conserva. Y quiero que entiendas ahora, que a mí lo que más me movía y excitaba para hacer todos los actos de humildad, era la consideración de que mi Hijo santísimo venía humilde para enseñar con doctrina y con ejemplo esta virtud en el mundo y desterrar la vanidad y soberbia de los hombres y arrancar esta semilla que sembró Lucifer entre los mortales con el primer pecado. Y diome Su Majestad tan alto conocimiento de lo que se agrada de esta virtud, que por hacer sólo un acto de los que has referido, como barrer el suelo o besar los pies a un pobre, padeciera los mayores tormentos del mundo. Y no hallarás tú palabras con que ponderar este afecto que yo tuve, ni tampoco la excelencia y nobleza de la humildad. En el Señor lo conocerás y entenderás lo que no puedes manifestar con razones.

253. Pero escribe esta doctrina en tu corazón y guárdala por arancel de tu vida, y ejercitándote siempre en todo lo

que desprecia la vanidad humana, despréciala tú a ella como execrable y odiosa en los ojos del Altísimo. Y con este proceder humilde sean siempre tus pensamientos nobilísimos y tu conversación en los cielos (Flp 3, 20) y con los espíritus angélicos; trata y conversa con ellos, que te darán nueva luz de la divinidad y misterios de Cristo mi Hijo santísimo. Con las criaturas sean tus conversaciones tales que de ellas quedes siempre más fervorosa, y tú a ellas las despiertes y muevas a la humildad y amor divino. Toma el último lugar en tu interior entre todas las criaturas, y cuando llegue la ocasión y tiempo de ejercitar los actos de humildad, te hallarás pronta para ellos; y serás señora de tus pasiones, si primero en tu concepto te has conocido por la menor y más débil e inútil de las criaturas.

CAPITULO 20

Algunos beneficios singulares que hizo María santísima en casa de San Zacarías a particulares personas.

254. Conocida condición del amor es ser oficioso y activo como el fuego, si halla materia en que obrar; y esto más tiene este fuego espiritual, que si no la tiene la busca. Este Maestro ha enseñado tantas invenciones y artes de las virtudes a los amadores de Cristo, que no los deja estar ociosos. Y como no es ciego ni insano, conoce bien la condición de su nobilísimo objeto y sólo sabe tener celos de que no le amen todos, y así le procura comunicar sin emulación y envidia. Y si en el limitado amor que en comparación de María santísima todos tienen a Dios, aunque sean más fervorosos y santos (Sentido de la frase: por más fervorosos y santos que sean), fue tan admirable y poderoso el celo de las almas, como sabemos de lo que por ellas hicieron, ¿qué sería lo que esta gran Reina obró en beneficio de los prójimos, pues ella era la Madre del

amor divino (Eclo 24, 24) y traía consigo al mismo fuego vivo y verdadero que se venía a encender en el mundo? (Lc 12, 49). En toda esta divina Historia conocerán los mortales cuánto deben a esta Señora; y aunque sería imposible referir los casos particulares y beneficios que hizo a muchas almas, con todo eso, para que por algunos se conozcan otros, diré en este capítulo algo de lo que sucedió en esta materia, estando la Reina en casa de su prima Santa Isabel.

255. Servía en aquella casa una criada de inclinaciones siniestras, inquieta, de condición iracunda y acostumbrada a jurar y maldecir. Con estos vicios y otros desórdenes que hacía, guardando el aire a sus dueños, estaba tan rendida al Demonio, que fácilmente la movía este tirano a cualquiera miseria y desacierto, y por espacio de catorce años la asistían y acompañaban muchos Demonios, sin dejarla un punto, para asegurar la presa de su alma; sólo cuando esta mujer estaba en presencia de la señora del cielo María santísima se retiraban los enemigos, porque —como otras veces he dicho— (Cf. supra p. I n. 285, 691, 695, 697) la virtud de nuestra Reina los atormentaba, y más en esta ocasión que tenía en su virginal relicario al Señor poderoso y Dios de las virtudes. Y como desviándose aquellos crueles exactores no sentía la criada los malos efectos de su compañía y, por otra parte, la dulce vista y trato de la Reina iba obrando en ella nuevos beneficios, comenzó la mujer a inclinarse y aficionarse mucho a su Reparadora y procuraba asistirle con mucho afecto y ofrecérsele a su servicio y granjear todo el tiempo que podía para ir a donde estaba Su Alteza, y la miraba con reverencia; porque entre sus torcidas inclinaciones tenía una buena, que era un linaje de natural piedad y compasión de los necesitados y humildes y se inclinaba a ellos y a hacerles bien.

256. La divina Princesa, que conocía y veía las inclinaciones todas de aquella mujer, el estado de su conciencia, el peligro de su alma y la malicia de los Demonios contra ella, convirtió los ojos de su misericordia y miróla con piadoso afecto de madre. Y aunque aquella asistencia y dominio de los Demonios conoció Su Majestad que era justa pena de los pecados de aquella mujer, con todo eso, hizo oración por ella y le alcanzó el perdón, el remedio y la salvación. Luego mandó a los Demonios, con el poder que tenía, dejasen aquella criatura libre y no volviesen más a turbarla y molestarla. Y como no podían resistir al imperio de nuestra gran Reina, se rindieron y atemorizados huyeron ignorando la causa de aquel poder de María santísima; pero conferían entre sí mismos con indignada admiración y decían: **¿Quién es esta mujer que sobre nosotros tiene tan extraordinario imperio? ¿De dónde le viene tan exquisito poder, que obra todo lo que quiere? Concibieron por esto los enemigos nueva indignación y saña contra la que les quebrantaba la cabeza (Gen 3, 15). Pero aquella feliz pecadora quedó libre de sus uñas, y María santísima la amonestó, corrigió y enseñó el camino de la salvación y la trocó en otra mujer blanda de corazón y sin condición. Y en esta renovación perseveró toda la vida, reconociendo que todo le había venido por mano de nuestra Reina, aunque no supo ni penetró el misterio de su dignidad, pero fue humilde, agradecida y acabó su vida santamente.**

257. No era de mejor condición que esta criada otra mujer vecina de casa de Zacarías, que por serlo solía entrar en ella y acudir a la conversación de los de la familia de Santa Isabel. Vivía licenciosamente en la guarda de la honestidad, y como entendió la llegada de nuestra gran Reina a aquella ciudad, su compostura y recato, dijo con liviandad y curiosidad: **¿Quién es esta forastera que nos ha venido por huésped y vecina, tan a**

lo santo y retirado? Y con el deseo vano y curioso de inquirir novedades, que tales personas suelen tener, procuró ver a la divina Señora y reconocer el traje y la cara que tenía. Impertinente y ocioso era este fin, mas no lo fue en el efecto; porque habiéndolo conseguido quedó esta mujer tan herida en el corazón, que con la presencia y vista de María santísima se trocó en otra y transformó en nuevo ser. Mudó sus inclinaciones, y sin conocer la virtud de aquel eficaz instrumento, la sintió, produciendo sus ojos arroyos de lágrimas copiosísimos con íntimo dolor de sus pecados. Y sólo con haber puesto la vista con atención curiosa en la Madre de la pureza virginal, sacó esta feliz mujer en recambio la virtud de la castidad, quedando libre de los hábitos e inclinaciones sensuales. Retiróse entonces con este dolor a llorar su mala vida, y después solicitó el ver y hablar a la Madre de la gracia, y Su Alteza se lo concedió para confirmarla en ella, como quien sabía y conocía el suceso y que tenía el origen de la gracia en su divino vientre, que hace santos y justifica; en cuya virtud obraba la Abogada de los pecadores. Admitió a ésta con maternal afecto de piedad, la amonestó y catequizó en la virtud, y con esto la dejó mejorada y esforzada para la perseverancia.

258. Por este modo hizo nuestra gran Señora muchas obras y conversiones admirables de gran número de almas, aunque siempre con silencio y raro secreto. Toda la familia de Santa Isabel y San Zacarías quedó santificada de su trato y conversación. A los que eran justos los mejoró y acrecentó en nuevos dones y favores, a los que no lo eran los justificó su intercesión e ilustró y a todos los rindió su reverencial amor con tanta fuerza, que cada uno a porfía la obedecía y reconocía por Madre, por amparo y consuelo en todas las necesidades. Y estos efectos obraba su vista y con pocas palabras, aunque nunca negaba las necesarias para tales obras. Como a todos penetraba el secreto del corazón y conocía

el estado de la conciencia, aplicaba a cada uno su más oportuna medicina. Algunas veces, aunque no era esto siempre, le manifestaba el Señor si los que veía eran de los escogidos o réprobos, del número de los predestinados o prescitos. Pero uno y otro hacía en su corazón admirables efectos de virtud perfectísima; porque a los justos y predestinados que conocía les echaba muchas bendiciones —y esto mismo hace ahora desde el cielo— y el Señor le daba la enhorabuena, y ella pedía los conservase en su gracia y amistad; y por esto hacía incomparables diligencias y peticiones. Cuando veía alguno en pecado, clamaba con afecto íntimo por su justificación y de ordinario la conseguía; y si era réprobo (Dios quiere sinceramente que todos los hombres se salven y Jesucristo murió por todos y a todos da gracia suficiente para la salvación; sin embargo por el libre albedrío hay aquellos que se condenan al infierno por su propia culpa, por ejemplo mal Apóstol Judas Iscariotes) lloraba con amargura y se humillaba en la presencia del Altísimo por la pérdida de aquella imagen y obra de la divinidad; y porque otras no se condenasen hacía profundas oraciones, ofrecimientos y humillaciones y toda era una llama del divino amor que jamás descansaba ni sosegaba en obrar cosas grandes.

Doctrina que me dio la divina Reina y Señora.

259. Hija mía carísima, en dos puntos como dos polos se ha de mover toda la armonía de tus potencias y cuidados; y éstos han de ser: estar tú en amistad y gracia del Altísimo y procurar la misma para otras almas. En esto se resuelva toda tu vida y ocupaciones. Y por conseguir tan altos fines, si necesario fuere, no quiero que perdones trabajo ni diligencia alguna, pidiéndolo al Señor y ofreciéndote a padecer hasta la muerte y padeciendo con ejecución todo lo que se ofreciere y tus fuerzas alcanzaren. Y aunque para solicitar el bien de las almas

no has de hacer demostraciones extraordinarias con las criaturas, porque a tu sexo no son convenientes, pero has de buscar y aplicar prudentemente todos los medios ocultos y más eficaces que conocieres. Si eres hija mía y esposa de mi Hijo santísimo, considera que la hacienda de nuestra casa son las criaturas racionales, a quien como prendas ricas compró con el precio de su vida, de su muerte y de su misma sangre; porque se le perdieron por su inobediencia, habiéndolas él mismo criado y encaminado para sí mismo.

260. Pues cuando el Señor te enviare o encaminare alguna alma necesitada y te diere a conocer su estado, trabaja con fidelidad por su remedio, llora y clama con afecto íntimo y fervoroso por alcanzar de Dios el reparo de tanto daño y peligro y no regatees medio alguno divino y humano, en la forma que a ti te toca, para conseguir la salud y vida del alma que se te entregare. Y con la prudencia y medida que te tengo advertida, no te encojas en amonestar y rogar lo que entendieres le conviene, y con todo secreto trabaja por beneficiarla. Y asimismo quiero que, cuando fuere necesario, mandes a los demonios con todo imperio en nombre del omnipotente Dios y mío que se alejen y desvíen de las almas que conocieres oprimidas por ellos; y pasando esto en secreto, bien puedes desencogerte y dilatarte para ejecutarlo. Y considera que te ha puesto el Señor y te pondrá en ocasiones que puedas obrar esta doctrina. No la olvides ni malogres, que obligada te tiene Su Majestad, como a hija, para que cuides de la hacienda y casa de tu padre, y no debes sosegar mientras no lo haces con toda diligencia. No temas, que todo lo podrás en el que te conforta (Flp 4,13), y su poder divino corroborará tu brazo para grandes obras.

CAPITULO 21

Pide santa Isabel a la Reina del cielo la asista a su parto y tiene luz del nacimiento de San Juan Bautista.

261. Corrían ya más de dos meses después de la venida de la Princesa del cielo a casa de Santa Isabel, y la discreta matrona prevenía ya su mismo dolor con la partida y ausencia de la gran Señora del mundo. Temía, con razón, perder la posesión de tanta dicha y conocía que no podía caer debajo de merecimientos humanos, y como humilde y santa ponderaba más en su corazón sus propias culpas, recelándose si por ellas se le ausentaría aquella hermosa luna con el Sol de Justicia que encerraba en su tálamo virginal. Lloraba algunas veces a solas con suspiros porque no hallaba medios para detener el sol, que tan claro día de gracia y luz le había causado. Suplicaba al Señor con muchas lágrimas pusiera en el corazón de su prima y señora María santísima no la dejase sola; a lo menos, que no la privase tan presto de su amable compañía. Servíala con gran veneración, asistencia y cuidado. Meditaba qué haría para obligarla; y no era maravilla que tan grande Santa y tan advertida y prudente mujer solicitase lo que pudieran codiciar los mismos Ángeles, pues a más de la luz divina que con grande plenitud había recibido del Espíritu Santo, para conocer la suprema santidad y dignidad de la Virgen Madre, ella por sí misma, con su dulcísima y divina conversación y con los efectos que Santa Isabel sentía de su trato, la había robado el corazón; de suerte que sin especial favor no pudiera vivir, apartándose de ella, después que la conoció y trató.

262. Para consolarse en esta pena, determinó Santa Isabel manifestársela a la divina Señora, que no estaba ignorante en ella, y con gran rendimiento y veneración la dijo: Prima y Señora mía, por el respeto y atención con que os debo servir, no me he atrevido hasta ahora a manifestaros mi deseo y una pena que tiene poseído mi

corazón; dándome licencia para que yo busque el alivio con manifestaros mis cuidados, los referiré, pues sólo vivo con la esperanza de lo que deseo. El Señor por su divina dignación me hizo singular misericordia de traeros a donde yo tuviese la dicha, que no pude merecer, de trataros y conocer los misterios que en vos, Señora mía, tiene encerrados la Divina Providencia. Yo indigna, por este beneficio le alabo eternamente. Vos sois el templo vivo de la gloria del Altísimo, el arca del Testamento que guardáis el maná con que viven los mismos Ángeles; Vos sois las tablas de la ley verdadera, escrita con el mismo ser de Dios. Considero mi bajeza y cuan rica me hizo Su Majestad en un instante, hallándome, sin merecerlo, con el tesoro de los cielos en mi casa y con la que eligió por Madre suya entre las mujeres; temo ya con razón que desobligada Vos y el fruto de vuestro vientre con mis pecados, desamparéis esta pobre esclava, dejándome desierta y sola de tan grande bien que ahora gozo. Posible es para el Señor, si fuese también voluntad vuestra, que yo alcanzase la felicidad de servirlos y no apartarme de Vos en lo que me resta de vida; y si el ir a vuestra casa tiene más dificultad, más fácil será quedaros en la mía y llamar a vuestro santo esposo José, para que los dos viváis en ella como dueños y señores, a quienes serviré como sierva y con el afecto que mueve mi deseo. Y aunque no merezco lo que pido, os suplico no despreciéis mi humilde petición, pues el Altísimo excedió con sus favores a mis merecimientos y deseos.

263. Oyó María santísima con dulcísimo agrado la proposición y súplica de su prima Santa Isabel, y respondiéndola diciendo: Carísima amiga de mi alma, vuestros afectos santos y piadosos serán aceptos al Altísimo y vuestros deseos agradables a sus ojos. Yo los agradezco de corazón, pero en todos nuestros cuidados y propósitos es debido que acudamos a la voluntad divina y a ella subordinemos con todo rendimiento la nuestra. Y

aunque ésta es obligación de todos los nacidos, bien sabéis, amiga mía, que yo le debo más que todos, pues con el poder de su brazo me levantó del polvo y con piedad inmensa miró a mi bajeza (Lc 1, 48; 51). Todas mis palabras y movimientos se han de gobernar por la voluntad de mi Señor e Hijo, no he de tener querer ni no querer, más de su divina disposición. Presentaremos a Su Majestad vuestros deseos, y aquello que ordenare de su mayor beneplácito eso ejecutaremos. A mi esposo José debo también obedecer, y sin su orden y disposición no puedo yo, carísima, elegir mis ocupaciones, ni lugar y casa para vivir, y es razón estemos a la obediencia (Ef 5, 12) de los que son nuestras cabezas y superiores.

264. A estas razones tan eficaces de la Princesa del cielo sujetó Santa Isabel su dictamen y deseos, y con humilde rendimiento dijo: Señora mía, yo quiero obedecer a vuestra voluntad y reverencio vuestra doctrina. Sólo os represento de nuevo el amor íntimo de mi corazón rendido a vuestro servicio; y si lo que de mis deseos he propuesto no puedo conseguirlo, ni es conforme a la divina voluntad, a lo menos, si posible fuese, deseo. Reina mía, que no me desamparéis antes que salga a luz el hijo que tengo en mis entrañas, para que así como en ellas ha conocido y adorado a su Redentor en las vuestras, goce de su divina presencia y luz antes que de ninguna otra criatura, y reciba vuestra bendición, que dé principio a los pasos de su vida (Prov 16, 9), a la vista del que se los ha de encaminar rectamente. Y vos, que sois la Madre de la gracia, le presentéis a su Criador y le alcancéis de su bondad inmensa la perseverancia de la que por medio de vuestra voz dulcísima recibió, cuando yo sin merecerlo la sentí en mis oídos. Permitidme, pues, amparo mío, que yo vea a mi hijo en vuestros brazos, donde se ha de reclinar el mismo Dios que crió y formó el cielo y tierra y por su mandato permanecen. No se estreche ni coarte por mis culpas la

grandeza de vuestra maternal piedad, ni a mí me neguéis este consuelo y a mi hijo tan gran dicha, que como madre se la solicito y la deseo sin merecerla.

265. No quiso María santísima negar esta última petición a su santa prima y ofreció pedir al Señor el cumplimiento de su deseo; y a ella le encargó lo hiciese, para saber su santísima voluntad. Con este acuerdo las dos madres de los mejores dos hijos que han nacido en el mundo se retiraron al oratorio de la divina Princesa y puestas en oración presentaron al Altísimo sus peticiones. María purísima tuvo un éxtasis, donde conoció con nueva luz divina el misterio, vida y méritos del precursor San Juan Bautista y lo que había de obrar, preparando con su predicación los caminos de los corazones humanos para recibir a su Redentor y Maestro; y de estos grandes sacramentos sola a Santa Isabel manifestó aquello que convenía entendiese. Conoció también la gran santidad de la misma Santa su prima, y que su muerte sería breve, y antes la de San Zacarías. Y con el amor que tenía nuestra piadosa Madre a su deuda, la presentó al Señor y le pidió la asistiese en su muerte, y también presentó sus deseos en lo que había pedido del parto de su hijo. En lo demás de quedarse Su Alteza en casa de San Zacarías, nada pidió la prudentísima Virgen, porque con la divina ciencia que tenía conoció luego no era conveniente, ni voluntad del Altísimo, que viviese siempre en casa de su prima, como ella lo deseaba.

266. Respondióla Su Majestad a estas peticiones: Esposa y paloma mía, mi beneplácito es que asistas y consueles a mi sierva Isabel, acudiéndola en su parto, que ya está muy vecino, porque sólo le faltan ocho días; y después que se haya circuncidado el hijo que pariere, te volverás a tu casa con José tu esposo. Y me presentarás a mi siervo Juan después que haya nacido, que para mí será aceptable sacrificio; y persevera, amiga mía, en

pedirme la salud eterna para las almas.—Al mismo tiempo acompañaba Santa Isabel con sus peticiones a las de la Reina del cielo y tierra, y suplicaba al Señor mandase a su santísima Madre y Esposa que no la desamparase en su parto; y le fue revelado cómo ya estaba muy cerca, y otras cosas de gran alivio y consuelo en sus cuidados.

267. Volvió María santísima de su rapto y acabada la oración confirieron las dos madres cómo ya se acercaba el parto de Santa Isabel, según el aviso del Señor que entrambas habían tenido; y con el ardiente deseo de su buena dicha preguntóle luego la santa matrona a nuestra Reina: Señora mía, decidme, os suplico, si mereceré el bien que os he pedido de teneros conmigo al suceso de mi parto, ya tan inmediato.—Respondió Su Majestad: Amiga y prima mía, el Altísimo ha oído y admitido nuestras peticiones y se ha dignado mandarme que cumpla vuestro deseo y os sirva en esta ocasión, como lo haré, aguardando no sólo a vuestro parto, pero también a que vuestro infante quede circuncidado según la ley; que todo se ejecutará en quince días.—Con esta determinación de María santísima se renovó el júbilo de su santa prima Isabel, y reconociendo este gran beneficio, dio por él humildes gracias al Señor y también a la Reina santísima. Y habiéndose recreado y vivificado con sus avisos y advertencias, trató la santa matrona de prevenirse para el parto y para la partida de su soberana prima.

Doctrina que me dio la divina Reina y Señora María santísima.

268. Hija mía, cuando el deseo de la criatura nace de afecto pío y devoto, encaminado con intención recta a santos fines, no se desagrade el Altísimo de que se le proponga, como sea con rendimiento a su mayor agrado

y con resignación, para ejecutar lo que su divina Providencia dispusiere de todo. Y cuando las almas se ponen en presencia del Señor con esta conformidad e igualdad de ánimo, como piadoso padre las mira y siempre las concede lo que es justo y las niega y desvía lo que no lo es, o no les conviene para su salud verdadera. De celo piadoso y bueno nació el deseo que mi prima Isabel tenía, de acompañarme toda su vida y no alejarse de mí, pero no era esto conveniente, conforme a la determinación del Altísimo que tenía de todas mis operaciones, peregrinaciones y sucesos que me esperaban. Y aunque se le negó esta petición, no desagradó al Señor en ella, pero se le concedió lo que no impedía a los decretos de su santa voluntad y sabiduría infinita, y resultaba en beneficio suyo y de su hijo San Juan Bautista. Y por el amor que a mí me tuvieron hijo y madre y por mi intercesión, los enriqueció el Todopoderoso de grandes bienes y favores. Siempre es medio eficacísimo con Su Majestad pedirle con buena voluntad e intención por medio de mi intercesión y devoción.

269. Todas tus peticiones y ruegos quiero que los ofrezcas en nombre de mi Hijo santísimo y en el mío, y confía sin recelo que serán admitidos, si con rectísima intención del agrado de Dios los encaminares. Mírame con afecto amoroso como a Madre, amparo y refugio tuyo y entrégate a mi devoción y amor; y advierte, carísima, que el deseo que tengo de tu mayor bien me obliga a enseñarte el medio más poderoso y eficaz por donde con la divina gracia llegues a conseguir grandes tesoros y beneficios de la liberalísima mano del Señor. No te indispongas para ellos, ni los retardes por tu remisión temerosa. Y si deseas granjearme para que te ame como a hija muy querida, desvélate en imitar lo que de mí te manifiesto y enseño; y en esto emplea tus fuerzas y cuidado, dando por bien empleado cuanto trabajares por

conseguir el efecto de mi enseñanza y doctrina.

CAPITULO 22

La natividad del precursor de Cristo y lo que hizo en su nacimiento la soberana Señora María santísima.

270. Llegó la hora de nacer al mundo el lucero (Jn 5, 35) que prevenía al claro Sol de Justicia y anunciaba el deseado día de la ley de gracia. Era tiempo oportuno de que saliese a luz el gran profeta del Altísimo, y más que profeta, San Juan Bautista, que preparando los corazones de los hombres señalase con su dedo al Cordero que había de remediar y santificar el mundo (Lc 1, 76; 8, 26; 1, 17; Jn 1, 29). Y primero que saliese del materno vientre, manifestó el Señor al bendito niño que se llegaba la hora de su nacimiento para comenzar la carrera de todos los mortales en la común luz de todos. Tenía el infante uso perfecto de razón, elevado con la divina luz y ciencia infusa que de la presencia del Verbo humanado había recibido, y con ella conoció y atendió que llegaba a tomar puerto en una tierra maldita (Gen 3, 17) y llena de peligrosas espinas y a poner los pies en un mundo lleno de lazos y sembrado de maldades, donde muchos padecían naufragio y perecían.

271. Entre este conocimiento y el orden divino y natural de nacer, estaba el grande niño como suspenso y dudoso; porque de una parte las causas naturales habían conseguido su término en formar y alimentar el cuerpo hasta su perfección, con que naturalmente era compelido con fuerza para nacer, y él lo conocía y sentía que le despedía y arrojaba la posada materna; juntábase a la eficacia de la naturaleza la voluntad expresa del Señor que se lo mandaba, y por otra parte conocía y ponderaba el riesgo de la peligrosa carrera de la vida mortal; y entre el temor y la obediencia se detenía con el miedo y

se movía con prontitud. Quisiera resistir y quería obedecer, y decía consigo mismo: ¿A dónde voy, si entro en el conflicto del peligro de perder a Dios? ¿Cómo me entregaré a la conversación de los mortales, donde tantos se deslumbran, pierden el seso y camino de la vida? En tinieblas estoy en el vientre de mi madre, pero a otras paso de mayor peligro. Oprimido estaba desde que recibí la luz de la razón, pero más me aflige el ensanche y libertad de los mortales. Pero vamos, Señor, con vuestra voluntad al mundo, que siempre el ejecutarla es lo mejor, y si en vuestro servicio, oh Rey altísimo, se puede emplear mi vida y mis potencias, esto sólo me facilitará salir a luz y admitir la carrera. Dadme, Señor, vuestra bendición para pasar al mundo.

272. Mereció con esta petición el precursor de Cristo que Su Majestad al punto del nacer le diese de nuevo su bendición y gracia. Y así lo conoció el dichoso niño, porque tuvo presente a Dios en su mente y que le enviaba a obrar cosas grandes en su servicio y le prometía su gracia para ejecutarlas. Y antes de referir el parto felicísimo de Santa Isabel, para ajustar el tiempo en que sucedió con el texto de los sagrados evangelistas, advierto que el preñado de esta admirable concepción duró nueve meses menos nueve días; porque, en virtud del milagro con que se le dio fecundidad a la madre estéril, se perfeccionó el concepto en este tiempo y llegó al estado de nacer; y cuando San Gabriel dijo a María santísima que su prima Isabel estaba preñada en el sexto mes (Lc 1, 36), hace de entender que no era cumplido, porque faltaba de ocho a nueve días. Dije también arriba (Cf. supra n. 206), capítulo 16, que al cuarto día después de la encarnación del Verbo partió la divina Señora a visitar a Santa Isabel; y porque no fue luego inmediatamente, dijo San Lucas que salió María santísima en aquellos días y fue con diligencia a la montaña (Lc 1, 39), y en el camino gastaron otros cuatro días, como queda

dicho en el mismo lugar, núm. 207.

273. Advierto asimismo que, cuando el mismo evangelista dice que María santísima estuvo casi tres meses (Lc 1, 56) en casa de Santa Isabel, sólo faltaron de dos a tres días para cumplirse, porque en todo fue puntual el texto del Evangelio. Y conforme a esta cuenta es forzoso que María santísima, Señora nuestra, se hallase no sólo en el parto de Santa Isabel y nacimiento de San Juan Bautista, pero también en la circuncisión y determinación de su misterioso nombre, como luego diré (Cf. infra n. 290). Porque contando ocho días después que encarnó el Verbo, llegó nuestra Señora con San José a casa de San Zacarías a dos de abril, conforme nuestra cuenta de los meses solares, y llegó aquel día por la tarde; añadiendo ahora otros tres meses menos dos días, que se comienzan de tres de abril, se cumple este término a primero de julio inclusive, que es el día octavo de la natividad de San Juan Bautista y el de su circuncisión; y a otro día de mañana partió María santísima para volverse a Nazaret. Y aunque el Evangelista San Lucas cuenta y dice la vuelta de nuestra Reina a su casa primero que el parto de Santa Isabel, no fue antes sino después; y el texto sagrado anticipó la narración de la jornada de la divina Reina, por acabar todo lo que a ella tocaba y proseguir la historia del nacimiento del precursor, sin interrumpir otra vez el hilo de su discurso; y así se me ha dado a entender para escribirlo.

274. Acercándose, pues, la hora del deseado parto, sintió la madre Santa Isabel que se movía en su vientre el niño, como si se pusiera en pie; y todo era efecto de la misma naturaleza y de la obediencia del infante. Y con algunos dolores moderados que sobrevinieron a la madre, dio aviso a la princesa María, pero no la llamó para que asistiese presente al parto, porque la digna

reverencia debida a la excelencia de María y al fruto que tenía en su virginal vientre la detuvo prudentemente para no pedir lo que no parecía decencia. Tampoco fue la gran Señora en persona a donde estaba su prima, pero envióle las mantillas y fajos que tenía prevenidos para envolver al dichoso infante. Nació luego muy perfecto y crecido, testificando en la limpieza de su cuerpo la que traía en su alma, porque no tuvo tantas impuridades como otros niños. Envolviéronle en las mantillas, que antes eran grandes reliquias dignas de veneración. Y dentro de algún conveniente espacio, estando ya Santa Isabel compuesta y aliñada, salió María santísima de su oratorio, mandándosele el Señor, y fue a visitar al niño y a la madre y darle la enhorabuena.

275. Recibió la Reina en sus brazos al recién nacido a petición de su madre y le ofreció como oblación nueva al eterno Padre, y Su Majestad la recibió con aprobación y agrado y como primicias de las obras del Verbo humanado y ejecución de sus divinos decretos. El felicísimo niño, que lleno del Espíritu Santo conoció a su legítima Reina y Señora, la hizo reverencia no sólo interior, sino exterior, con una disimulada inclinación de la cabeza, y de nuevo adoró al Verbo divino hecho hombre en el tálamo de su Madre purísima, donde se le manifestó entonces con especialísima luz. Y como también conocía el beneficio que entre los mortales había recibido, hizo el reconocido infante grandes actos de agradecimiento, amor, humildad y veneración a Dios hombre y a su Madre Virgen. Y ofreciéndole la divina Señora al Padre eterno, hizo por ésta esta oración: Altísimo Señor y Padre nuestro, santo y poderoso, recibid en vuestro servicio las estrenas y temporáneo fruto de vuestro Hijo santísimo y mi Señor. Este es el santificado y rescatado por vuestro Unigénito del poder y efectos del pecado y de vuestros antiguos enemigos. Recibid este sacrificio matutino e infundid en él con vuestra santa

bendición vuestro divino Espíritu, para que sea fiel dispensador del misterio a que le destináis en honra vuestra y de vuestro Unigénito.—Fue en todo eficaz esta oración de nuestra Reina y Señora, y conoció cómo el Altísimo enriquecía al niño señalado y escogido para su precursor, y él también sintió en su espíritu el efecto de tan admirables beneficios.

276. Mientras la gran Reina y Señora del universo tuvo en sus brazos al infante San Juan Bautista, estuvo disimuladamente en un éxtasis dulcísimo por algún breve espacio, y en él hizo la oración y ofrecimiento por el niño, teniéndole reclinado en su pecho, donde en breve espacio había de reclinar al Unigénito del Padre y suyo. Esta fue singularísima prerrogativa y excelencia del gran precursor, no alcanzada de otro alguno de los santos. Y no es mucho que el Ángel le predicase por grande en la presencia del Señor (Lc 1, 15), pues antes de nacer le visitó y santificó, y en naciendo fue levantado y puesto en el trono de la gracia y estrenó los brazos en que se había de reclinar el mismo Dios humanado, y dio motivo a su madre dulcísima para que desease recibir en ellos a su mismo Hijo y Señor y que esta memoria le causase regalados afectos con su precursor, niño recién nacido. Conoció Santa Isabel estos divinos sacramentos, porque se los manifestaba el Señor, mirando a su milagroso hijo en los brazos de la que era más Madre que ella misma; pues a Santa Isabel le debía la naturaleza y a María purísima el ser de tan excelente gracia (María es Medianera de todas las gracias divinas). Todo esto hacía una suavísima consonancia en el pecho de las dos felicísimas y dichosas madres, y del niño, que también tenía luz de tan venerables misterios; y con las demostraciones pàrvulas de sus tiernos miembros declaraba el júbilo de su espíritu y se inclinaba a la divina Señora y solicitaba sus caricias y no apartarse de ella. Regalábale la dulcísima Señora, pero con tanta

majestad y templanza, que jamás le besó, como suele permitir tal edad, porque sus castísimos labios los guardó y reservó intactos para su Hijo santísimo. Ni tampoco miró con atención a la cara del niño, porque toda la puso en la santidad de su alma, y apenas le conociera por las especies de sus ojos. Tal era la prudencia y modestia de la gran Reina del cielo.

277. Luego se divulgó el nacimiento de San Juan Bautista, como dice San Lucas (Lc 1, 58), y toda la parentela y vecindad vinieron a dar la enhorabuena a Zacarías y a Santa Isabel, porque su casa era rica, noble y estimada por toda la comarca, y la santidad de los dos tenía granjeados los corazones de cuantos los conocían. Y por estas razones, y haberlos visto tantos años sin sucesión de hijos, y haber llegado Santa Isabel a edad proveya y estéril, causó en todos mayor novedad y admiración y suma alegría, conociendo que aquél era más hijo de milagro que de naturaleza. El Santo Sacerdote Zacarías estaba siempre mudo para manifestar su júbilo, porque no era llegada la hora en que tan misteriosamente se había de soltar su lengua. Pero con otras demostraciones daba señales del gozo interior que tenía y al Altísimo ofrecía afectuosas alabanzas y repetidas gracias por el beneficio tan raro que ya reconocía después de su incredulidad, de que diré en el capítulo siguiente.

Doctrina que me dio la Reina y Señora del cielo

278. Hija mía carísima, no te admires de que mi siervo San Juan Bautista temiese y dificultase salir al mundo, porque no saben amarle tanto los hijos ignorantes del siglo, cuanto saben los sabios aborrecerle y temer sus peligros con ciencia divina y luz de lo alto. Esta tenía en eminente grado el que nacía para precursor de mi Hijo santísimo, y por esta parte, conociendo el detrimento, era

consiguiente el temor de lo que conocía. Pero sirvióle para entrar en el mundo felizmente, porque el que más le conoce y aborrece, navega más seguro en sus encumbradas olas y profundo golfo. Con tanto enojo, contradicción y aborrecimiento de lo terreno comenzó el dichoso niño su carrera, que jamás dio treguas a esta enemistad. No ajustó las paces, ni admitió las venenosas lisonjas de la carne, ni dio sus sentidos a la vanidad, ni se abrieron sus ojos para verla, y en esta demanda de aborrecer al mundo y todo lo que hay en él, dio la vida por la justicia. No puede ser pacífico y confederado con Babilonia el ciudadano de la verdadera Jerusalén, ni es compatible solicitar la gracia del Altísimo, estar en ella y juntamente en amistad de sus declarados enemigos; porque nadie pudo ni puede servir a dos señores encontrados, ni estar juntas la luz y las tinieblas, Cristo y Belial.

279. Guárdate, carísima, más que del fuego de los que viven poseídos de las tinieblas y son amantes del mundo, porque la sabiduría de los hijos del siglo es carnal y diabólica y sus caminos tenebrosos llevan a la muerte. Y cuando fuere necesario encaminar alguno a la vida verdadera, aunque para esto debes ofrecer la tuya natural, siempre has de reservar la paz de tu interior. Tres lugares te señalo para que en ellos vivas y de donde nunca salgas con la atención, y si alguna vez te mandare el Señor acudir a las necesidades de las criaturas, quiero que sea sin perder este refugio; como el que vive en un castillo rodeado de enemigos, que para negociar lo forzoso sale a la puerta y de allí dispone lo que conviene con tanta circunspección, que más atiende al camino por donde volverse a retirar y esconder que a los negocios de fuera, y siempre está cuidadoso y sobresaltado del peligro. Esto mismo debes atender tú, si quieres vivir segura, porque no dudes te rodean enemigos crueles y venenosos más que áspides y basiliscos.

280. Los lugares de tu habitación han de ser la divinidad del Altísimo, la humanidad de mi Hijo santísimo y el secreto de tu interior. En la divinidad has de vivir como la perla encerrada en su concha y el pez en el mar, en cuyos espacios interminables dilatarás tus afectos y deseos. La humanidad santísima será el muro que te defiende, y su pecho patente el tálamo donde te reclines y descanses debajo de la sombra de sus alas (Sal 16, 8). Tu interior te dará pacífica alegría con el testimonio de la conciencia, y ella te facilitará, si la conservas pura, el trato amigable y dulce de tu Esposo. Para que a todo esto te ayudes con el retiro corporal y sensible, gusto y quiero que le guardes en tu tribuna o celda y que sólo salgas de ella cuando la fuerza de la obediencia o el ejercicio de la caridad te compeliere. Y te manifiesto un secreto, y es que hay Demonios destinados por Lucifer, con expreso orden suyo, para que aguarden a los religiosos y religiosas cuando salen fuera de su recogimiento, para embestirles luego y darles batería con tentaciones que los derriben. Y éstos no entran fácilmente en las celdas, porque allí no hay tanta ocasión de hablar, ver y de usar mal de los sentidos, en que de ordinario hacen ellos presa y se ceban como lobos carniceros. Y por esto los atormenta el retiro y el recato que en él guardan los religiosos y le aborrecen, porque desconfían de vencerlos mientras no los cogen entre el peligro de la conversación humana.

281. Y generalmente es cierto que los Demonios no tienen poder sobre las almas, cuando por alguna culpa venial o mortal respectivamente no se le sujetan y no les dan entrada; porque el pecado mortal les da un derecho como expreso sobre quien le comete para atraerlo a otros, y el venial, así como enflaquece las fuerzas del alma, se le aumentan al enemigo para tentar, y con las imperfecciones se retarda el mérito y progreso de la

virtud a lo más perfecto, y también esto anima al adversario. Y cuando conoce que el alma sufre su propia tibieza, o se pone livianamente al peligro con una ociosa liviandad y olvido de su daño, entonces la astuta serpiente la acecha y sigue para tocarla con su mortal veneno, y como a una simple avecilla la lleva inadvertida, hasta que caiga en algún lazo de muchos que siembra para este fin.

282. Admírate, pues, hija mía, de lo que sobre esto conoces con la divina luz y llora con íntimo dolor la ruina de tantas almas absortas en este peligroso sueño. Ellas viven oscurecidas con sus pasiones y depravadas inclinaciones, olvidadas del peligro, insensibles en el daño, inadvertidas en las ocasiones; y en vez de prevenirlas y temerlas, las buscan con ignorancia ciega, siguen con ímpetu furioso sus torcidas inclinaciones a lo deleitable, no ponen freno a las pasiones y deseos, ni advierten dónde ponen los pies, arrójense a cualquiera peligro y precipicio. Los enemigos son innumerables, su astucia diabólica e insaciable, su vigilancia sin treguas, su ira incansable, su diligencia sin descuido; pues ¿qué mucho si de semejantes extremos o, por mejor decir, de tan disímiles y desiguales, se siguen tan irreparables daños en los vivientes, y que siendo infinito el número de los necios (Ecl 1, 15), sean sin número el de los réprobos, y el Demonio se ensoberbezca con tantos triunfos como le dan los mortales con su propia y formidable perdición? Guárdate Dios eterno de tanta desdicha, y llora y duélete de la de tus hermanos y pide siempre el remedio en cuanto fuere posible.

CAPITULO 23

Las advertencias y doctrina que dio María santísima a Santa Isabel por petición suya; circuncidan y le ponen nombre a su hijo y profetiza Zacarías.

283. Era inexcusable la vuelta de María santísima para Nazaret, habiendo ya nacido el precursor de Cristo; y aunque Santa Isabel como prudente y sabia se conformaba en esto con la divina disposición, y con ella moderaba en parte su dolor, con todo eso deseaba recompensar en algo su soledad con la enseñanza y doctrina de la Madre de la sabiduría. Con este intento la habló, y la dijo: Señora mía y Madre de mi Criador, yo conozco que ya disponéis vuestra partida y mi soledad, en que me ha de faltar vuestra amable compañía, amparo y protección. Suplicóos, prima mía, que en ausencia vuestra merezca yo quedar con alguna instrucción que me ayude a gobernar todas mis acciones para mayor agrado del Altísimo. En vuestro virginal tálamo tenéis al maestro que enmienda a los sabios (Sab 7, 15) y a la misma fuente de la luz y por él venís a participarla para todos; comunicad a vuestra sierva alguno de los rayos que reverberan en vuestro purísimo espíritu, para que el mío sea ilustrado y encaminado por las sendas rectas de la justicia (Sal 22, 3), hasta llegar a ver el Dios de los dioses en Sión (Sal 83, 8).

284. Estas razones de Santa Isabel movieron en María santísima alguna ternura y compasión, y con ella respondió, dándole a su prima celestiales documentos para gobernarse en lo que le restaba de vida y que sería breve; pero que el Altísimo cuidaría del niño, y también la misma Reina se lo pediría a Su Majestad. Y aunque no es posible referir todo lo que la divina Señora advirtió y aconsejó a Santa Isabel en estas dulcísimas pláticas para despedirse, diré algo, como se me ha manifestado, o como alcanzan mis cortos términos, de lo que entiendo. Dijo María santísima: Prima y amiga mía, el Señor os eligió para sus obras y sacramentos altísimos, de que se dignó comunicaros tanta luz y que yo os manifestase mi corazón. En él os llevo escrita para presentaros ante su

grandeza, y no me olvidaré de vuestra piedad humilde que habéis mostrado con la más inútil de las criaturas; pero de mi Hijo santísimo y mi Señor espero recibiréis copiosa remuneración.

285. Levantad siempre vuestro espíritu y mente a las alturas y con la luz de la gracia que tenéis no perdáis de vista al inmutable ser de Dios eterno e infinito y la dignación de su bondad inmensa con que se movió a criar, hacer de nada las criaturas, para levantarlas a su gloria y enriquecerlas con sus dones. Esta deuda común de toda criatura la hizo más propia para nosotras la misericordia del Altísimo, cuando nos adelantó en esta noticia y luz, para que nos dilatemos hasta recompensar con nuevo agradecimiento la ciega ingratitud de los mortales, que con ella están más lejos de conocer y magnificar a su Criador. Y éste ha de ser nuestro oficio, desembarazando el corazón, porque libre y suelto camine a su dichoso fin. Para esto, amiga mía, os encargo mucho le alejéis y desviéis de todo lo terreno, aunque sea de las cosas propias, para que desasida de los impedimentos de la tierra os levantéis a los divinos llamamientos y esperando la venida del Señor, y que cuando llegue respondáis con alegría y sin violencia dolorosa, que el alma siente cuando es tiempo de dividirse del cuerpo y de todo lo demás que ama con demasía. Ahora que es el tiempo de padecer y de adquirir la corona, procuremos merecerla y caminar con velocidad para llegar a la íntima unión de nuestro verdadero y sumo bien.

286. A Zacarías, vuestro marido y cabeza, el tiempo que tuviere de vida, procurad con especial rendimiento obedecerle, amarle y servirle. A vuestro milagroso hijo ofrecedle siempre a su Criador, y en Su Majestad y para él, podéis amarle como madre, porque será gran profeta, y con el celo de Elias (Lc 1, 17) que le dará el Altísimo

defenderá su ley y su honor, procurando la exaltación de su santo nombre. Y mi Hijo santísimo, que le ha elegido por su precursor y embajador de su venida y doctrina, le favorecerá como a su privado y llenará de dones de su diestra y le hará grande y admirable en las generaciones y generaciones y manifestará al mundo su grandeza y santidad.

287. En toda vuestra casa y familia procurad con ardiente celo que sea temido, venerado y reverenciado el santo nombre de nuestro Dios y Señor de San Abrahán, Isaac y Jacob. Y sobre este cuidado le tendréis grande de favorecer a los necesitados y pobres cuanto fuere posible; enriquecedlos con los bienes temporales que con abundante mano os concedió el Altísimo, para que con la misma liberalidad los dispenséis con los menesterosos, pues son más suyos que vuestros cuando todos somos hijos de un Padre que está en los cielos, cuyo es todo lo criado; y no es razón que siendo el padre rico, quiera un hijo ser y estar sobrado para que su hermano viva pobre y desvalido, y en eso seréis muy aceptable al Dios de las misericordias inmortal. Continudad lo que hacéis y ejecutad lo que tenéis pensado, pues San Zacarías lo remite a vuestra disposición; con este permiso podéis ser liberal. Con todos los trabajos que el Señor os diere confirmaréis vuestra esperanza y con las criaturas seréis benigna, mansa, humilde, apacible y muy paciente, con interior júbilo del alma, aunque sean algunas instrumento de vuestro ejercicio y corona. Por los altísimos misterios que el Señor os ha manifestado, le bendecid eternamente y pedidle la salud de las almas con incesante amor y celo; y por mí rogaréis a su grandeza me gobierne y encamine para que yo dispense dignamente y con su agrado el sacramento que de tan humilde y pobre sierva ha fiado su bondad inmensa. Enviad por mi esposo que me acompañe, y en el ínterin disponed la circuncisión de vuestro niño y ponedle por

nombre Juan; porque éste le ha dado el Altísimo y es decreto de su inmutable voluntad.

288. Este razonamiento, con otras palabras de vida eterna que habló María santísima, hicieron en el corazón de Santa Isabel efectos tan divinos, que quedó la santa matrona por un rato absorta y enmudecida con la fuerza del espíritu que la iluminaba, enseñaba y la levantaba en pensamientos y afectos de tan celestial doctrina; porque el Altísimo, mediante las palabras de su Madre purísima como instrumento vivo, vivificaba y renovaba el corazón de su sierva. Y después de moderadas algo sus lágrimas, habló y dijo: Señora mía y Reina de todo lo criado, entre mi dolor y mi consuelo estoy enmudecida. Oíd las palabras de lo íntimo de mi corazón, que allí se forman las que no puedo manifestar. Mis afectos os dirán lo que mi lengua no puede pronunciar. Al Todopoderoso remito el retorno de lo que me favorecéis, que es el remunerador de lo que los pobres recibimos. Sólo os pido que, pues en todo sois mi amparo y causa de mi bien, me alcancéis gracia y fuerzas para ejecutar vuestra doctrina y tolerar la ausencia de vuestra dulce compañía, que es grande mi dolor.

289. Trataron luego de la circuncisión del niño de Isabel, porque ya se llegaba el tiempo determinado por la ley. Y conforme a la costumbre de los judíos, en especial de los nobles, se juntaron en casa de Zacarías muchos deudos de su linaje y otros conocidos y llegaron a conferir qué nombre se le daría al infante; porque a más de que en esto solían hacer grandes reparos y consultas y era costumbre en ellos ventilar el nombre que se había de poner a los hijos, en esta ocasión la razón era extraordinaria, por la calidad de Zacarías y Santa Isabel y porque todos ponderaban mucho la maravilla de haber concebido y parido siendo vieja y estéril y en ello suponían algún misterio grande. Estaba mudo San

Zacarías, y así fue necesario que su mujer Santa Isabel presidiese en aquella junta; y sobre el concepto y veneración que de ella todos hacían, estaba tan renovada y realzada en santidad, después de la visita y conocimiento de la Reina del cielo y de sus misterios y larga conversación, que todos los deudos y vecinos y otros muchos conocieron esta mudanza; porque hasta en el rostro manifestaba un linaje de resplandor que la hacía venerable y admirable, y se conoció en ella la reverberación de los rayos de la divinidad, en cuya vecindad vivía.

290. Hallóse presente a esta junta la divina Señora María santísima, porque Santa Isabel se lo pidió con mucha instancia, y la venció para esto, interponiendo un género de mandato muy reverencial y humilde. Obedeció la gran Señora, pero alcanzando primero del Altísimo que no la diese a conocer ni manifestase cosa alguna de sus ocultos beneficios por donde fuese aplaudida y celebrada. Consiguió su deseo la humildísima entre los humildes. Y como los del mundo dejan humillar a los que con ostentación no se manifiestan y señalan, no hubo quien reparase en ella con atención particular, más que sola Santa Isabel, que la miraba con interior y exterior veneración y reconocía que por su dirección se gobernaba el acierto de aquella determinación. Sucedió luego lo que se refiere en el Evangelio de San Lucas (Lc 1, 59-63), que unos llamaban al niño Zacarías como a su padre, pero la prudente madre, asistida de la Maestra santísima, dijo: Mi hijo se ha de llamar Juan.— Replicaron los deudos que nadie de su linaje había tenido tal nombre; porque siempre se ha hecho grande estimación de los nombres de los más ilustres antecesores para imitarlos en algo. Santa Isabel hizo nueva instancia que el niño se llamase Juan.

291. Aunque estaba mudo San Zacarías, desearon los

parientes saber por señas lo que sentía sobre esto, y pidiendo con ellas la pluma escribió: *Joannes est nomen ejus* (Lc 1, 63). Al mismo tiempo que lo escribía, usando María santísima de la potestad que tenía de Reina, concedida por Dios sobre las cosas naturales criadas, mandó a la mudez de San Zacarías que le dejase libre y a su lengua que se desatase y bendijese al Señor, que era ya tiempo. Y a este divino imperio se halló libre y comenzó a hablar con admiración y temor de todos los presentes, como el Evangelio dice (Lc 1, 64-65). Y aunque es verdad que el Santo Arcángel Gabriel, como parece del mismo Evangelio, le dijo a San Zacarías que por su incredulidad quedaría mudo hasta que se cumpliese lo que le anunciaba, pero esto no es contrario de lo que aquí digo; porque el Señor, cuando revela algún decreto de su divina voluntad, aunque sea eficaz y absoluto, no siempre declara los medios por donde lo ha de ejecutar como los tiene previstos en su ciencia infinita; y así el Ángel declaró a Zacarías la pena de su incredulidad en la mudez, mas no le dijo que se la quitaría por intercesión de María santísima, aunque así lo tenía previsto y determinado.

292. Pues así como la voz de María Señora nuestra fue instrumento para santificar al niño San Juan Bautista y a su madre Santa Isabel, también su imperio oculto y su oración fueron instrumentos del beneficio de San Zacarías en soltarse su lengua, y que fuese también lleno de Espíritu Santo y del don de la profecía con que habló, y dijo (Lc 1, 68-79):

68 Bendito sea el Señor Dios de Israel, porque ha visitado * y redimido a su pueblo: 69) y nos ha suscitado un poderoso salvador en la casa de David, su siervo; 70) según lo tenía anunciado por boca de sus santos profetas, que han florecido en todos los siglos pasados: 71) para librarnos de nuestros enemigos, y de las manos

de todos aquellos que nos aborrecen: 72) ejerciendo su misericordia con nuestros padres, y teniendo presente su alianza santa, 73) conforme al juramento * con que juró a nuestro padre Abraham que nos otorgaría la *gracia* 74) *de* que libertados de las manos de nuestros enemigos, le sirvamos sin temor *, 75) con *verdadera* santidad y justicia ante su acatamiento, todos los días de nuestra vida. 76) Y tú, ioh niño!, serás llamado el profeta del Altísimo: porque irás delante del Señor a preparar sus caminos, 77) enseñando la ciencia de la salvación a su pueblo, para *que obtenga* el perdón de sus pecados, 78) por las entrañas misericordiosas de nuestro Dios, que ha hecho que ese *sol* naciente haya venido a visitarme de lo alto *del cielo* *, 79) para alumbrar a los que yacen en las tinieblas y en la sombra de la muerte: para enderezar nuestros pasos por el camino de la paz.

293. En este divino cántico recopiló Zacarías los altísimos misterios que los antiguos profetas habían dicho por más extenso de la divinidad, humanidad y redención de Cristo, que todos profetizaron; y en pocas palabras encerró muchos y grandes sacramentos y los entendió con la copiosa gracia que iluminó su espíritu y le levantó con ardentísimo fervor en presencia de todos los que habían concurrido a este acto de la circuncisión de su hijo; porque todos vieron el milagro de desatársele la lengua y profetizar tan divinos misterios; cuya inteligencia, como la tuvo el Santo Sacerdote, no fácilmente puedo yo explicar.

294. *Bendito sea el Señor Dios de Israel*, dice, conociendo que pudo el Altísimo con solo su querer o su palabra hacer la redención de su pueblo y darle la salud eterna; pero no se valió de solo su poder, sino también de su inmensa bondad y misericordia, bajando el mismo Hijo del eterno Padre a visitar su pueblo y hacer oficio de Hermano en la naturaleza humana, de Maestro en la

doctrina y ejemplo y de Redentor en la vida, pasión y muerte de cruz. Conoció entonces Zacarías la unión de las dos naturalezas en la persona del Verbo y con claridad sobrenatural vio este gran misterio ejecutado en el tálamo virginal de María santísima. Entendió asimismo la exaltación de la humanidad del Verbo con el triunfo que había de alcanzar Cristo Dios y hombre, dando salud eterna al linaje humano, conforme a las promesas divinas hechas a Santo Rey David, su padre y ascendiente. Y que esta misma promesa estaba hecha al mundo por las profecías de los Santos y Profetas, desde su principio y primero ser; porque desde la creación y primera formación comenzó Dios a encaminar la naturaleza y la gracia para su venida al mundo, encaminando desde Adán todas sus obras para este dichoso fin.

295. Entendió cómo el Altísimo ordenó que por estos medios alcanzásemos la salud de la gracia y vida eterna, que nuestros enemigos perdieron por su soberbia y pertinaz inobediencia, por lo cual fueron derribados al profundo; y los solios que les tocaran, si fueran obedientes, quedaron destinadas para los que lo fuesen entre los mortales. Y desde entonces se convirtió contra ellos la enemistad y odio de la antigua serpiente concebida contra el mismo Dios, en cuya mente divina estábamos entonces encerrados y decretados por su eterna y santa voluntad; y que habiendo caído de su amistad y gracia nuestros primeros padres Adán y Eva, los levantó y puso en lugar y estado de esperanza y no los dejó ni castigó como a los rebeldes Ángeles, antes para asegurar a sus descendientes de la misericordia que con ellos tenía, envió y destinó los vaticinios y figuras en que dispuso el Antiguo Testamento que había de ratificar y cumplir en el Nuevo con la venida del Reparador y Redentor. Y para que tuviese mayor firmeza esta esperanza, se lo prometió a nuestro padre Abrahán con la fuerza de su juramento que hizo de hacerle padre

de su pueblo y de la fe. Y para que asegurados de tan admirable y poderoso beneficio, como prometernos y darnos a su mismo Hijo hecho hombre, con la libertad de hijos de adopción en que por él éramos reengendrados, sirviésemos al mismo Dios sin temor de nuestros enemigos, que ya por nuestro Redentor estaban rendidos y vencidos.

296. Y para que entendiésemos lo que nos había granjeado con su venida el Verbo eterno para servir con libertad al Altísimo, dice que fue la justicia y santidad con que renovó al mundo y fundó su nueva ley de gracia por todos los días del siglo presente y por los de cada uno de los hijos de la Iglesia, en donde han de vivir en santidad y justicia, si como todos pueden, todos lo hicieran. Y porque conoció San Zacarías en su hijo San Juan Bautista el principio de la ejecución de tantos sacramentos como le mostraba la divina luz, convirtiéndose a él le dio la enhorabuena y le intimó y profetizó su dignidad, santidad y ministerio, diciendo: Y tú, niño, te llamarás profeta del Altísimo, porque irás delante de su cara, que es su divinidad, aparejando sus caminos con la luz que darás a su pueblo de la venida de su Reparador, para que con su predicación tengan los judíos noticia y ciencia de su salud eterna, que es Cristo nuestro Señor su prometido Mesías; y le reciban disponiéndose con el bautismo de la penitencia y remisión de los pecados y conozcan que viene a perdonar a los suyos y los de todo el mundo; pues a todo esto le movieron las entrañas de su misericordia, por la cual, y no por nuestros merecimientos, se dignó de visitarnos, naciendo y descendiendo de lo alto del seno de su eterno Padre para dar luz a los que, ignorando la verdad por tan largos siglos, han estado y están como asentados en las tinieblas y sombra de la eterna muerte, y enderezando sus pasos y los nuestros en el camino de la verdadera paz que aguardamos.

297. Todos estos misterios con mayor plenitud y profundidad entendió San Zacarías por divina revelación, y los comprendió en su profecía. Y algunos de los que presentes le oyeron, fueron también ilustrados con los rayos de la luz del Altísimo, para conocer cómo era ya llegado el tiempo del Mesías y cumplimiento de las profecías antiguas. Y con la noticia y vista de tan nuevas maravillas y prodigios, admirados decían (Lc 1, 66): **¿Quién será este niño con quien la mano del Señor se manifiesta tan poderosa y admirable? El infante fue circuncidado y le pusieron Juan por nombre, en que su padre y madre milagrosamente concurrieron, y cumplieron en todo con la ley; y en las montañas de Judea se divulgaron estas maravillas.**

298. Reina y Señora de todo lo criado, admirada de estas maravillosas obras que por vuestra intervención hizo el brazo poderoso en vuestros siervos Isabel, Juan y Zacarías, considero el diferente modo que tuvo en ellas la divina Providencia y Vuestra rara discreción. Porque al hijo y a la madre sirvió de instrumento Vuestra dulcísima palabra, para ser santificados con plenitud del Espíritu Santo, y esta obra fue oculta y en secreto; y para que hablase Zacarías y fuese asimismo ilustrado, sólo intervino Vuestra oración e imperio oculto, y este beneficio fue manifiesto a los circunstantes, que conocieron la gracia del Señor en el Santo Sacerdote. Ignoro la razón de estos prodigios, y presento a vuestra dignación todas mis ignorancias, para que como maestra mía me gobernéis.

Respuesta y doctrina de la Reina y Señora del mundo.

299. Hija mía, por dos razones fueron ocultos los efectos divinos que mi Hijo santísimo obró por mí en San Juan y en su madre Santa Isabel, y no los de San Zacarías. La

una, porque Santa Isabel mi sierva exclamó y habló con claridad en alabanza del Verbo humanado en mis entrañas y mía, y convenía que entonces no se manifestase tan expresamente el misterio ni mi dignidad, porque la venida del Mesías se había de manifestar por otros medios más convenientes. La otra razón fue, porque no todos los corazones estaban dispuestos como el de Santa Isabel para recibir tan preciosa y nueva semilla, ni percibieran sacramentos tan altos con la veneración debida. Y fuera de esto, para manifestar entonces lo que convenía, era más a propósito el Sacerdote San Zacarías por su dignidad, de quien se pudiera recibir el principio de la luz con más aceptación que de Santa Isabel en presencia de su marido; y lo que dijo ella se reservó para su tiempo. Y aunque las palabras del Señor ellas se llevan consigo la fuerza, con todo eso era más suave y acomodado modo aquel medio del Sacerdote para los ignorantes y poco ejercitados en los misterios divinos.

300. Convenía asimismo acreditar y honrar la dignidad del Sacerdote, de quien hace tanta estimación el Altísimo, que si en ellos halla la disposición debida siempre los engrandece y comunica su espíritu, para que el mundo los tenga en veneración como a sus escogidos y ungidos; y en ellos tienen menos peligros las maravillas del Señor, por mucho que se manifiesten; y si correspondieran a su dignidad, habían de ser sus obras de serafines y sus semblantes de ángeles entre las demás criaturas, su rostro había de resplandecer como el de Moisés cuando salió de la presencia y trato del Señor (Ex 34, 29) y por lo menos deben de comunicar con los demás hombres de manera que se hagan respetar y venerar después del mismo Dios. Y quiero, carísima, que entiendas está hoy el Altísimo muy indignado con el mundo, entre otras ofensas por las que recibe sobre esto, así de los Sacerdotes como de los legos. Con los Sacerdotes, porque olvidados de su altísima dignidad, la

ultrajan con hacerse viles y contentibles y manuales, y escandalosos muchos, dando mal ejemplo al mundo, que ocasionan con el desprecio de su santificación. Y con los legos, porque son temerarios y atrevidos contra los cristos del Señor, a los cuales, aunque sean imperfectos y no de loable conversación, con todo eso los deben honrar y reverenciar en lugar de Cristo mi Hijo santísimo en la tierra.

301. Por esta veneración del Sacerdote procedí yo también diferentemente que con Santa Isabel. Porque si bien el Altísimo ordenó que fuese yo el conducto o instrumento para comunicarles su divino Espíritu, pero a Santa Isabel de tal suerte la saludé que con la voz de mi salutación mostré alguna superioridad, para mandar al pecado original que su hijo tenía, y desde entonces se le había de perdonar por medio de mis palabras, dejando llenos de Espíritu Santo a hijo y madre. Y como yo no había contraído el pecado original, sino que fui libre y exenta de él, tuve imperio y dominio en aquella ocasión, mandándole como Señora que había triunfado de él por la preservación del Altísimo, y no como esclava, como lo quedan todos los hijos de Adán que en él pecaron. Pues para librar a mi siervo San Juan Bautista de esta servidumbre y prisiones del pecado, quiso el Señor que imperase como quien jamás había estado sujeta a él. A San Zacarías no le saludé por este modo de dominio, mas rogué por él, guardándole la reverencia y decoro que pedía su dignidad y mi recato. Y aun el mandar a su lengua que se desatase, aunque fue mental y ocultamente, no lo hiciera yo por el respeto del Sacerdote, si no me lo mandara el Altísimo, dándome también a conocer que la persona del Sacerdote no estaba bien dispuesta con la imperfección y defecto de la mudez; porque con todas sus potencias ha de estar expedito y dispuesto para el servicio y alabanza del Señor. Y porque en esta materia de respetar a los Sacerdotes te diré más en otra

ocasión, baste ahora esto para responderte a la duda que tenías.

302. La doctrina que ahora te doy sea, que con todas las personas que trates, superiores o inferiores, de todas procures ser enseñada en el camino de la virtud y vida eterna. Y en esto imitarás lo que hizo conmigo mi sierva Santa Isabel, pidiendo a todos, con el modo y prudencia que debes, te adiestren y encaminen; que por esta humildad dispone tal vez el Señor la buena dirección y acierto y envía su luz divina; y lo hará contigo, si procedes con sencilla discreción y celo de la virtud. Procura también arrojar de ti o no admitir ningún linaje o asomo de lisonjas de criaturas y las conversaciones donde las puedes oír, porque esta fascinación oscurece la luz y pervierte el sentido inadvertido. Y el Señor es tan celoso con las almas que mucho ama, que al punto se retira si ellas admiten alabanzas humanas y se pagan de sus lisonjas, porque con esta liviandad se hacen indignas de sus favores. Y no es posible concurrir juntos en un alma la adulación del mundo y los regalos del Altísimo, los cuales son verdaderos, santos, puros, estables, que humillan, limpian, pacifican e ilustran el corazón: y por el contrario las caricias, lisonjas de las criaturas son vanas, inconstantes, falaces, impuras y mentirosas, como salidas de la boca de aquellos que ninguno deja de mentir; y todo lo que es mentira es obra del enemigo.

303. Tu Esposo, hija mía carísima, no quiere que tus orejas se apliquen a oír ni admitir fabulaciones falsas y terrenas, ni que las adulaciones del mundo las inficionen ni manchen, y así quiero que para todos estos engaños venenosos las tengas cerradas y defendidas con fuerte custodia para que no los percibas. Y si tu Dueño y Señor se deleita de hablarte al corazón palabras de vida eterna, razón será que para oír sus caricias y atender a su amor te hagas insensible, sorda y muerta a todo lo

terreno, y que todo sea tormento y muerte para ti. Mira que le debes grande fineza y que todo el infierno junto, valiéndose de la blandura de tu natural, quiere pervertírtele, para que le tengas suave para las criaturas e ingrato a Dios eterno. Vela y cuida de resistirle fuerte en la fe (1 Pe 5, 9) de tu amado Dueño y Esposo.

CAPITULO 24

Despídese María santísima de casa de San Zacarías para volverse a la suya propia en Nazaret.

304. Para volver María santísima a su casa de Nazaret, vino de ella su felicísimo esposo San José, llamado por orden de Santa Isabel. Y llegando a casa de San Zacarías, donde le aguardaban, fue recibido y respetado con incomparable devoción y reverencia de Santa Isabel y San Zacarías; después que también el Santo Sacerdote conocía que el Gran Patriarca era depositario de los sacramentos y tesoros del cielo, que aun no le eran manifiestos. Recibióle su divina esposa con humilde y prudente júbilo y arrodillándose en su presencia le pidió la bendición, como solía, y que la perdonase lo que había faltado a servirle en aquellos casi tres meses que había estado asistiendo a Santa Isabel su prima. Y aunque en esto ni había hecho culpa ni imperfección, antes había cumplido la voluntad divina con grande agrado y beneplácito del mismo Señor y conformidad de su esposo, con todo eso, con aquella cortés y cariciosa humildad quiso la prudentísima Señora recompensar a su esposo lo que con su ausencia le había faltado de consuelo. El santo José le respondió, que con haberla visto quedaba aliviado de la pena de su ausencia y lo que su presencia le hubiera dado de consuelo. Y habiendo descansado algún día, determinaron el de su partida.

305. Despidióse luego la princesa María del Sacerdote

San Zacarías, que como estaba ya ilustrado con la ciencia del Señor y conocía la dignidad de su Madre-Virgen, la habló con suma reverencia como a sagrario vivo de la divinidad y humanidad del Verbo eterno. Señora mía —la dijo— alabad eternamente y bendecid a vuestro Hacedor que se dignó por su misericordia infinita de elegiros entre todas las criaturas para Madre suya, depositaría única de todos sus grandes bienes y sacramentos; y acordaos de mí, vuestro siervo, para pedir a nuestro Dios y Señor me envíe en paz de este destierro a la seguridad del verdadero bien que esperamos; y que por vos merezca ser digno de llegar a ver su divino rostro, que es la gloria de los santos. Y acordaos también, Señora, de mi casa y familia, en especial de mi hijo Juan, y rogad al Altísimo por vuestro pueblo.

306. La gran Señora se puso de rodillas delante del Sacerdote y le pidió con profunda humildad la bendijese. Retirábase de hacerlo San Zacarías, y antes la suplicaba le diese ella su bendición a él. Pero nadie podía vencer en humildad a la que era maestra y madre de esta virtud y de toda la santidad, y así obligó al Sacerdote a que le echase su bendición y él se la dio movido con la divina luz. Y tomando las palabras de las Escrituras sagradas la dijo: La diestra del todopoderoso y verdadero Dios te asista siempre y te libre de todo mal (Sal 120, 7); tengas la gracia de su eficaz protección y llénete del rocío del cielo y de la grosura de la tierra, y te dé abundancia de pan y vino; sírvante los pueblos y adórente los tribus, porque eres tabernáculo de Dios; serás Señora de tus hermanos y los hijos de tu madre se arrodillarán en tu presencia. El que te magnificare y bendijere será engrandecido y bendito, y el que no te bendijere y alabare será maldito (Gen 27, 28-29). Conozcan en ti a Dios todas las naciones y sea por ti engrandecido el nombre del Dios altísimo de Jacob (Jdt 13, 31).

307. En retorno de esta profética bendición, María Santísima besó la mano del sacerdote San Zacarías y le pidió la perdonase lo que pudiera haber causado y deservido en su casa. El santo viejo se enterneció mucho en esta despedida y con las razones de la más pura y amable de las criaturas, y guardó siempre en su pecho el secreto de los misterios que en presencia de María santísima le habían sido revelados. Sola una vez que se halló en una junta o congregación de los sacerdotes que solían juntarse en el templo, dándole la enhorabuena de su hijo y de haberse acabado el trabajo de su mudez en su nacimiento, movido con la fuerza de su espíritu y respondiendo a lo que se trataba, dijo: Creo con firmeza infalible que nos ha visitado el Altísimo, enviándonos ya al mundo el Mesías prometido que ha de redimir su pueblo.—Pero no declaró más lo que sabía del misterio. Pero de oírle estas razones el Santo Sacerdote Simeón, que estaba presente, concibió un gran afecto del espíritu, y con este impulso dijo: No permitáis, Señor Dios de Israel, que vuestro siervo salga de este valle de miserias, antes que vea vuestra salud y Reparador de su pueblo.— Y a estas razones aludieron las que dijo después en el templo (Lc 2, 28-32), cuando recibió en sus palmas al niño Dios presentado, como adelante (Cf. infra n. 599) diremos. Y desde esta ocasión se fue más encendiendo su afectuoso deseo de ver al Verbo divino encarnado.

308. Dejando a San Zacarías lleno de lágrimas y ternura, fue María Señora nuestra a despedirse de su prima Santa Isabel, que como mujer de corazón más blando, como deuda y como quien había gozado tantos días de la dulce conversación de la Madre de la gracia y que por su intervención había recibido tantas de la mano del Señor, no era mucho desfalleciera con el dolor, ausentándose la causa de tantos bienes recibidos y la presencia y esperanza de recibir otros muchos. Dividíasele el corazón a la santa matrona llegando a despedirse la Señora del cielo y tierra, que amaba más

que a su misma vida; y con pocas razones, porque no las podía formar, pero con copiosas lágrimas y sollozos, le descubría lo íntimo de su pecho. La serenísima Reina, como invicta y superior a todos los movimientos de las pasiones naturales, estuvo con severidad agradable dueña de sí misma, y hablando a Santa Isabel, la dijo: Amiga y prima mía, no queráis afligiros tanto por mi partida, pues la caridad del Altísimo, en quien con verdad os amo, no conoce división ni distancia de tiempo ni lugar. En Su Majestad os miro y en él os tendré presente, y vos también siempre me hallaréis en él mismo. Breve es el tiempo que nos apartamos corporalmente, pues todos los días de la vida humana son tan breves (Job 14, 5), y alcanzando con la divina gracia victoria de nuestros enemigos, muy presto nos veremos y gozaremos eternamente en la celestial Jerusalén, donde no hay dolor, ni llanto (Ap 21, 4), ni división. En el ínterin, carísima mía, todo el bien hallaréis en el Señor y también me tendréis y veréis a mí en él; quede en vuestro corazón y os consuele.—No alargó más la plática nuestra prudentísima Reina, por atajar el llanto de Santa Isabel, y puesta de rodillas la pidió la bendición y perdón de lo que la podía haber molestado con su compañía. Hizo instancia hasta que se la dio, y la misma hizo Santa Isabel para que la divina Señora la volviese el retorno con otra bendición, y por no negarla este consuelo, se la dio María santísima.

309. Llegó la Reina también a ver al niño San Juan Bautista y recibéndole en sus brazos le echó muchas bendiciones eficaces y misteriosas. El milagroso infante por dispensación divina habló a la Virgen Madre, aunque en voz baja y de párvulo. Madre sois del mismo Dios —la dijo— y Reina de todo lo criado, depositaría del tesoro inestimable del cielo, amparo y protectora de mí, vuestro siervo; dadme vuestra bendición y no me falte vuestra intercesión y vuestra gracia. Besó tres veces la mano de

la Reina el niño y adoró en su virginal vientre al Verbo humanado y le pidió su bendición y gracia, y con suma reverencia se ofreció a su servicio. El niño Dios se mostró agradable y con benevolencia a su precursor; y todo esto lo conoció y miraba la felicísima madre María santísima. Y en todo procedía y obraba con plenitud de ciencia divina, dando a cada uno de estos grandes misterios la veneración y aprecio que pedía; porque trataba magníficamente a la sabiduría de Dios (2 Mac 2, 9) y sus obras.

310. Quedó toda la casa de San Zacarías santificada de la presencia de María santísima y del Verbo humanado en sus entrañas, edificada de su ejemplo, enseñada de su conversación y doctrina, aficionada a su dulcísimo trato y modestia. Y llevándose los corazones de aquella dichosa familia, los dejó a todos en ella llenos de dones celestiales que les mereció y alcanzó de su Hijo santísimo. Su santo esposo José quedó en gran veneración con San Zacarías, Santa Isabel y San Juan Bautista, que conocieron su dignidad, antes que a él mismo se le manifestase. Y despidiéndose el dichoso Patriarca de todos, alegre con su tesoro, aunque no del todo conocido, partió para Nazaret; y lo que sucedió en el viaje diré en el capítulo siguiente. Pero antes de comenzarle María santísima pidió la bendición de rodillas a su esposo, como en tales ocasiones lo hacía, y habiéndosela dado, principiaron la jornada.

Doctrina de la Reina María santísima.

311. Hija mía, aquella dichosa alma a quien Dios elige para su trato regalado y alta perfección, siempre debe tener el corazón preparado (Eclo 2, 20) y no turbado, para todo lo que Su Majestad quisiere disponer y hacer en ella, sin resistencia; y de su parte debe ejecutarlo todo con prontitud. Yo lo hice así, cuando el Altísimo me

mandó salir de mi casa y dejar mi amable retiro para venir a la de mi sierva Santa Isabel, y lo mismo cuando me ordenó la dejase. Todo lo ejecuté con pronta alegría; y aunque de Santa Isabel y su familia recibí tantos beneficios, y con el amor y benevolencia que has conocido, pero no obstante esto, en sabiendo la voluntad del Señor, aunque me hallé obligada, pospuse todo afecto propio, sin admitir más de lo que era compatible de caridad y compasión con la presteza de la obediencia que debía al divino mandato.

312. Hija mía carísima, icómo procurarías esta verdadera y perfecta resignación, si del todo conocieras su valor y cuan agradable es a los ojos del Señor y útil y provechosa para el alma! Trabaja, pues, por conseguirla con mi imitación, a que tantas veces te convido y te persuado. El mayor impedimento para llegar a este grado de perfección es admitir afectos o inclinaciones particulares a cosas terrenas, porque éstas hacen indigna al alma de que el Señor la elija para sus delicias y la manifieste su voluntad. Y si la conocen las almas, las detiene el amor vil que han puesto en otras cosas, y con este asimiento no están capaces de la prontitud y alegría con que deben obedecer al gusto de su Señor. Reconoce, hija, este peligro y no admitas en tu corazón afecto alguno particular, porque te deseo muy perfecta y docta en este arte del amor divino y que tu obediencia sea de ángel y tu amor de serafín. Tal quiero que seas en todas tus acciones, pues a esto te obliga mi amor, y te lo enseña la ciencia y luz que recibes.

313. No te quiero decir que no has de ser sensible, que esto no es posible a la criatura naturalmente, pero cuando te sucediere alguna cosa adversa, o te faltare lo que te pareciere útil o necesario y apetecible, entonces con alegre igualdad te deja toda en el Señor y le hagas sacrificio de alabanza, porque se hace su voluntad santa

en lo que a ti te tocaba. Y con atender sólo al beneplácito de su divina disposición y que todo lo demás es momentáneo, te hallarás pronta y fácil en la victoria de ti misma y lograrás todas las ocasiones de humillarte al poder de la mano del Señor. También te advierto que me imites en el respeto y veneración de los sacerdotes y que para hablarles y despedirte les pidas siempre la bendición; y esto mismo harás con el Altísimo para cualquiera obra que comenzares. A los superiores te muestra siempre con rendimiento y sumisión. A las mujeres que vinieren a pedirte consejo, amonéstalas si fueren casadas que sean obedientes a sus maridos, sujetas y pacíficas en sus casas y familias, recogidas en ellas y cuidadosas en cumplir con sus obligaciones. Pero que no se ahoguen ni entreguen totalmente a los cuidados con pretexto de necesidad, pues más se les ha de suplir por la bondad y liberalidad del Altísimo, que por su demasiada negociación. En los sucesos que a mí me tocaron en mi estado, hallarás para esto la doctrina y ejemplar verdadero, y toda mi vida lo será para que las almas compongan la perfección que deben en todos sus estados; por esto no te doy advertencias para cada uno.

CAPITULO 25

La jornada de María santísima de casa de San Zacarías a Nazaret.

314. Para dar la vuelta de la ciudad de Judá a la de Nazaret, salió María santísima, vivo tabernáculo de Dios vivo, caminando por las montañas de Judea en compañía de su fidelísimo esposo San José. Y aunque los Evangelistas no dicen la festinación y diligencia con que hizo esta jornada, como lo dijo San Lucas de la primera (Lc 1, 39), por el misterio especial que aquella priesa encerraba, también este viaje y vuelta a Nazaret caminó la Princesa del cielo con gran presteza para los sucesos

que la esperaban en casa. Y todas las peregrinaciones de esta divina Señora fueron una mística demostración de sus progresos espirituales e interiores; porque ella era el verdadero tabernáculo del Señor que nunca descansaba de asiento (1 Par 17, 5) en la peregrinación de la vida mortal, antes procediendo y pasando cada día de un estado muy alto de sabiduría y gracia a otro más levantado y superior, siempre caminaba y siempre era única y peregrina en este camino de la tierra prometida, y siempre llevaba consigo misma el propiciatorio verdadero, donde sin intermisión, con aumentos de sus dones y favores propios, solicitaba y adquiría nuestra salvación para nosotros.

315. Tardaron en esta jornada nuestra gran Reina y San José otros cuatro días, como en la venida, que dije en el capítulo 16 (Cf. supra n. 207). Y en el modo de caminar y en sus divinas pláticas y conversaciones que tenían en todo el viaje, sucedió lo mismo que allá dije, y no es necesario repetirlo ahora. En las contiendas ordinarias de humildad que tenían, siempre vencía nuestra Reina, salvo cuando interponía su santo esposo la obediencia de sus mandatos; que el rendirse obediente era la mayor humildad. Pero como iba ya preñada de tres meses, caminaba más atenta y cuidadosa, no porque le fuese grave ni pesado su preñado, que antes le era de alivio suavísimo, mas la prudente y atenta Madre cuidaba mucho de su tesoro, porque le miraba con los aumentos y progresos naturales que cada día iba recibiendo el cuerpo santísimo de su Hijo en su virginal vientre. Y no obstante la facilidad y ligereza del preñado, algunas veces la fatigaba el trabajo del camino y el calor, porque para no padecer, no se valía de los privilegios de Reina y Señora de las criaturas, antes daba lugar a las molestias y cansancio, para ser en todo maestra de perfección y estampa única de su Hijo santísimo.

316. Como su divino preñado era en la parte de la naturaleza tan perfecto y su persona elegantísima y delicada y todo sin defecto alguno, naturalmente le crecía el vientre y reconocía la discretísima esposa que sería imposible ocultarle muchos días a su castísimo y fidelísimo esposo. Con esta consideración le miraba ya con mayor ternura y compasión, por el sobresalto que de cerca le amenazaba, de que deseara excusarle, si conociera la voluntad divina. Pero el Señor no le respondió a estos cuidados, porque disponía el suceso por los medios más oportunos para gloria suya, merecimiento de San José y de su Madre Virgen. Con todo esto, en su secreto la gran Señora pedía a Su Majestad que previniese el corazón del santo esposo con la paciencia y sabiduría que había menester y le asistiese con su gracia, para que en la ocasión que esperaba obrase con beneplácito y agrado de la voluntad divina; porque siempre juzgaba había de recibir gran dolor, viéndola preñada.

317. Prosiguiendo el camino hizo en él la Señora del mundo algunas obras admirables, aunque siempre con modo oculto y secreto. Sucedió que llegaron a un lugar no lejos de Jerusalén, y en la misma posada concurrió aquella noche alguna gente de otro lugar pequeño que pasaban a la ciudad santa y llevaban una mujer moza y enferma a buscarle algún remedio, como en lugar más populoso y grande. Y aunque la conocían por muy enferma, ignoraban sus dolencias y la causa de ellas. Había sido aquella mujer muy virtuosa; y conociendo el común enemigo su natural y virtudes adelantadas, convirtiéndose contra ella, como lo hace siempre contra los amigos de Dios y enemigos suyos. Persiguiéndola, la hizo caer en algunas culpas, y para llevarla de un abismo en otro, la tentó con falsas ilusiones de desconfianza y desordenado dolor de su propia deshonra, y turbándole el juicio halló lugar este dragón de entrarse en la afligida

mujer y poseerla con otros muchos demonios. Ya dije en la primera parte (Cf. supra p. I n. 132), que concibió grande ira el infernal dragón contra todas las mujeres virtuosas después que vio en el cielo aquella mujer vestida del sol (Ap 12, 1), de cuya generación son las demás que la siguen, como del capítulo 12 del Apocalipsis se colige; y por este enojo estaba muy soberbio y ufano con la posesión de aquel cuerpo y alma de la afligida mujer y la trataba como tirano enemigo.

318. Vio nuestra divina Princesa en su posada a aquella mujer enferma y conoció su dolencia que todos ignoraban; y movida de su maternal misericordia, oró y pidió a su Hijo santísimo la diese salud de cuerpo y alma. Y conociendo la voluntad divina que se inclinaba a clemencia, y usando de la potestad de Reina, mandó a los Demonios saliesen al punto de aquella mujer y la dejasen libre sin volver más a molestarla; que se fuesen a los profundos, como su legítima y propia habitación. Este mandato de nuestra gran Reina y Señora no fue vocal, sino mental o imaginario, de manera que lo pudieran percibir los inmundos espíritus; pero fue tan eficaz y poderoso, que sin dilación salieron Lucifer y sus compañeros de aquel cuerpo y fueron lanzados en las tinieblas del infierno. Quedó la dichosa mujer libre y suspensa de tan inopinado suceso, pero inclinóse con un movimiento del corazón a la purísima y santísima Señora, miróla con especial veneración y afecto, y con esta vista recibió otros dos beneficios: el uno, que se le movió el interior con íntimo dolor de sus pecados; el otro, que se le quitaban o deshacían los malos efectos y reliquias que le habían dejado en el cuerpo aquellos injustos poseedores que algún tiempo había sentido y padecido. Reconoció que aquella divina forastera, encontrada por su gran dicha en el camino, tenía parte en el bien que sentía y que había recibido del cielo. Habló con ella, y respondiéndola nuestra Reina al corazón, la exhortó y

amonestó a la perseverancia, y también se la mereció para adelante. Los deudos que con ella iban conocieron también el milagro, pero atribuyéronlo a la promesa que iban cumpliendo de llevarla al templo de Jerusalén, ofreciendo en él alguna limosna. Y así lo hicieron alabando a Dios, pero ignorando el instrumento de aquel beneficio.

319. Fue grande y furiosa la turbación que recibió Lucifer, viéndose arrojado con solo el imperio de María santísima y desposeído de esta mujer, y con rabiosa indignación se admiraba y decía: ¿Quién es esta mujercilla que con tanta fuerza nos manda y nos oprime? ¿Qué novedad es ésta y cómo la sufre mi soberbia? Conviene que todos reparemos en esto y tratemos de aniquilarla. Y porque en el capítulo siguiente diré más en este punto, lo dejo ahora. Pero llegando nuestros caminantes divinos a otra posada, que era dueño de ella un hombre de mala condición y costumbres; y para comenzar a ser dichoso, ordenó Dios que recibiese con ánimo piadoso y benévolo a María santísima y a San José su esposo; hízoles más cortesía y servicios de los que solía hacer a otros huéspedes; y porque el retorno fuese también más aventajado, la gran Reina, que conoció el estado de la conciencia estragado de su hospederero, oró por él y le dejó el fruto de esta oración en pago del hospedaje, dejándole justificada el alma, mejorada la vida y también la hacienda; que por un pequeño beneficio que hizo a sus huéspedes soberanos, se le acrecentó Dios de allí adelante. Otras muchas maravillas hizo la Madre de la gracia en este viaje, porque sus emisiones eran divinas (Cant 4, 13) y todo lo santificaba si hallaba disposición en las almas. Dieron fin a su jornada llegando a Nazaret, donde la Princesa del cielo aliñó y limpió su casa con asistencia y ayuda de sus Santos Ángeles, que en estos tan humildes ministerios siempre la acompañaban como émulos de su humildad y celosos de

su veneración y culto. El Santo José se ocupaba en su ordinario trabajo para sustentar a la Reina, y ella no frustraba la esperanza del corazón del santo (Prov 31, 11). Ceñíase de nueva fortaleza para los misterios que aguardaba y extendía su mano a cosas fuertes (Prov 31, 17; 19), y en su secreto gozaba de la continua vista del tesoro de su vientre, y con ella de incomparables favores, delicias y regalos. Granjeaba grandiosos merecimientos e incomparable agrado de Dios.

Doctrina que me dio la Reina del cielo.

320. Hija mía, las almas fieles que conocen a Dios por la luz de la fe y son hijas de la Iglesia, para usar de esta virtud y de las que con ella se les infunden, no debían de hacer diferencia de tiempos, ni lugares ni ocupaciones; porque Dios está presente en todas las cosas y las llena de su ser infinito, y en cualquiera lugar y ocasión se halla la fe para adorarle y reconocerle en espíritu y verdad (Jn 4, 23). Y así como a la creación, por donde recibe el alma el ser primero, se sigue la conservación, y a la vida la respiración, en que nunca admite intervalo, como tampoco en la nutrición y aumento, hasta llegar al término, a este modo la criatura racional, después de ser regenerada por la fe y la gracia, debía no interrumpir jamás el aumento de esta vida espiritual, obrando siempre obras de vida con la fe, esperanza y amor en todo tiempo y lugar. Y por el olvido y descuido que los hombres tienen en esto, y más los hijos de la Iglesia, vienen a tener la vida de la fe como si no la tuviesen, porque la dejan morir, perdiendo la caridad. Y son éstos los que recibieron en vano (Sal 23, 4) esta nueva alma, como lo dice Santo Rey David, porque no usan de ella más que si no la hubieran recibido.

321. Tu vida espiritual quiero yo, carísima, que no tenga más vacíos ni intervalos que la natural. Siempre has de

obrar con la vida de la gracia y dones del Altísimo, orando, amando, alabando, creyendo, esperando y adorando a este Señor en espíritu y verdad, sin diferencia de tiempos, de ocupaciones ni de lugar. En todo está presente y de todas las criaturas racionales quiere ser amado y servido. Por lo que te encargo que, cuando llegaren a ti las almas con este olvido o con otras culpas y fatigadas del Demonio, pide por ellas con viva fe y confianza; que si el Señor no obrare siempre al modo que lo deseas, y ellas piden, harálo ocultamente, y tú conseguirás el haberle dado gusto, trabajando como fiel hija y esposa. Y si en todo procedes como quiere de ti, te aseguro que para el beneficio de las almas te concederá muchos privilegios de esposa. Atiende en esto a lo que yo hacía cuando miraba a las almas en desgracia del Señor y el cuidado y celo con que trabajaba por todas, y señaladamente por algunas. Y a imitación mía, y para obligarme cuando el Altísimo te manifestare el estado de algunas almas, o ellas te lo declararen, trabaja y pide por todas y amonéstalas con prudencia, humildad y recato; que el Todopoderoso no quiere obres tú con ruido, ni que los efectos de tu trabajo se manifiesten, sino que sean ocultos, que en esto se mide a tu natural encogimiento y deseo y quiere en ti lo más seguro. Y aunque por todas las almas has de pedir, más eficazmente por aquellas que conocieres ser más conforme a la voluntad divina.

CAPITULO 26

Hacen los demonios un conciliábulo en el infierno contra María santísima.

322. En el instante que se ejecutó el inefable misterio de la encarnación, dije arriba en su lugar, capítulo 11, núm. 140, que Lucifer y todo el infierno sintieron la virtud del brazo poderoso del Altísimo, que los derribó a lo más

profundo de las cavernas infernales. Estuvieron allí oprimidos algunos días, hasta que el mismo Señor con su admirable providencia dio permiso para que saliesen de aquella opresión, cuya causa ignoraban. Levantóse, pues, el dragón grande y salió al mundo para rodear la tierra, reconociendo en toda ella si había alguna novedad a que atribuir la que él y sus ministros habían sentido en sí mismos. Esta diligencia no la quiso fiar el soberbio príncipe de las tinieblas de solos sus compañeros, pero salió él mismo con ellos y, discurriendo por todo el orbe, con suma astucia y malignidad anduvo inquiriendo y acechando por varios modos para investigar lo que deseaba. Gastó en esta diligencia tres meses, y al fin de ellos volvió al infierno tan ignorante de la verdad como de él había salido; porque no eran divinos misterios para que él los entendiese por entonces, siendo tan tenebrosa su malignidad, que ni había de gozar de sus admirables efectos, ni por ellos había de glorificar ni bendecir a su Hacedor como nosotros, para quienes fue la redención.

323. Hallábase más confuso y congojoso el enemigo de Dios, sin saber a qué atribuir su nueva desdicha, y para consultar el caso convocó a todas las cuadrillas infernales, sin reservar demonio alguno. Y puesto en lugar eminente en aquel conciliábulo, le hizo este razonamiento: Bien sabéis, súbditos míos, la solicitud grande que he puesto, después que Dios nos arrojó de su casa y destruyó nuestra potestad, en vengarme, procuro yo destruir la suya. Y aunque no le puedo tocar a Él, pero en los hombres a quien ama no he perdido tiempo ni ocasión para traerlos a mi dominio, y con mis fuerzas he poblado mi reino y tengo tantas gentes y naciones que me siguen y obedecen, y cada día voy ganando innumerables almas y apartándolas del conocimiento y obediencia de Dios, para que no lleguen a gozar lo que nosotros perdimos, antes los he de traer a estas penas sempiternas que padecemos, pues han

seguido mi doctrina y mis pisadas, y en ellas vengaré la ira que tengo concebida contra su Criador. Pero todo lo referido me parece poco, y siempre me tiene sobresaltado esta novedad que hemos sentido, porque no nos ha sucedido cosa como ésta después que nos arrojaron del cielo, ni tan gran fuerza nos ha oprimido y arruinado; y reconozco que vuestras fuerzas y las mías se han quebrantado mucho. Este efecto tan nuevo y extraordinario sin duda tiene nuevas causas, y en nuestra flaqueza siento gran temor que nuestro imperio se ha arruinado.

324. Este negocio pide nuestra advertencia, y mi furor está constante y la ira de mi venganza no está satisfecha. Yo he salido y rodeado todo el orbe, reconociendo a todos sus moradores con gran cuidado, y no he topado cosa notable. A las mujeres virtuosas y perfectas del género de aquella nuestra enemiga que conocimos en el cielo, a todas he observado y perseguido por encontrarla entre ellas, mas no hallo indicios de que haya nacido; porque ninguna hallo con las condiciones que me parece ha de tener la que ha de ser Madre del Mesías. Una doncella, que yo temía por sus grandes virtudes y la perseguí en el templo, ya está casada, y así no puede ser ella la que buscamos, porque Isaías dijo (Is 7, 14) que había de ser virgen. Con todo eso la temo y aborrezco, porque será posible que siendo tan virtuosa nazca de ella la Madre del Mesías o algún gran profeta, y hasta ahora no la he podido sujetar en cosa alguna, y de su vida alcanzo menos que de las otras. Siempre me ha resistido invencible, y fácilmente se me borra de la memoria, y cuando me acuerdo, no puedo acercarme tanto a ella. Y no acabo de conocer si esta dificultad y olvido son misteriosos, o nacen de mi mismo desprecio que hago de una mujercilla. Pero yo volveré sobre mí, porque en dos ocasiones estos días me ha mandado y no hemos podido resistir a su imperio y magnanimidad, con que nos ha

desterrado de nuestra posesión que teníamos en aquellas personas de donde nos arrojó. Esto es muy digno de reparo, y sólo por lo que se ha mostrado en estas ocasiones merece mi indignación. Determino perseguirla y rendirla y que vosotros me ayudéis en esta empresa con todas vuestras fuerzas y malicia; que quien se señalare en esta victoria, recibirá grandes premios de mi gran poder.

325. Toda la infernal canalla, que atentos oyeron a Lucifer, alabaron y aprobaron sus intentos, y le dijeron no tuviese cuidado que por aquella mujer se desharían ni menguarían sus triunfos, pues tan pujante estaba su poder y debajo de él tenía casi todo el mundo. Y luego fueron arbitrando los medios que tomarían para perseguir a María santísima, por mujer señalada y singular en santidad y virtudes, y no por Madre del Verbo humanado, que entonces, como he dicho (Cf. supra n. 130), ignoraban los demonios el sacramento escondido. De este acuerdo se le siguió luego a la divina Princesa una larga contienda con Lucifer y sus ministros de maldad, para que muchas veces le quebrantase la cabeza a este dragón infernal. Y aunque ésta fue gran batalla contra él, y muy señalada en la vida de esta gran Señora, pero después tuvo otra mayor, cuando quedó en el mundo, después de la subida de su Hijo santísimo a los cielos. Y de ésta hablaré en la tercera parte (Cf. infra p. III n. 451-527) de la divina Historia, para donde me han remitido; porque fue muy misteriosa, como ya era conocida de Lucifer por Madre de Dios, y de ella habló San Juan Evangelista en el capítulo 12 del Apocalipsis, como diré en su lugar (Cf. infra p. III n. 505-532).

326. En la dispensación de los misterios incomparables de la encarnación, fue admirable la providencia del Altísimo, y ahora lo es en el gobierno de la Iglesia católica. Y no hay duda que a esta fuerte y suave

providencia convenía ocultar a los demonios muchas cosas que no es bien las alcancen, así porque son indignos de conocer los sagrados misterios, por lo que arriba dije (Cf. supra n. 318), como también porque en estos enemigos se ha de manifestar más el poder divino, para que estén debajo de él oprimidos. Y a más de esto, porque con la ignorancia de las obras que Dios les oculta, corre más suavemente el orden de la Iglesia y la ejecución de todos los sacramentos que Dios ha obrado en ella, y la ira desmedida del demonio se enfrena mejor en lo que Su Majestad no le quiere dar permiso. Y aunque siempre le puede y pudiera oprimir y detener, pero todo lo dispensa el Altísimo con el modo más conveniente a su bondad infinita. Por esto ocultó el Señor de estos enemigos la dignidad de María santísima y el modo milagroso de su preñado, su integridad virginal antes y después del parto; y con haberla dado esposo se disimulaba más esto. Tampoco conocieron la divinidad de Cristo nuestro Señor con infalible y firme juicio hasta la hora de su muerte, y desde entonces entendieron muchos misterios de la redención en que se habían alucinado y deslumbrado; porque si entonces le hubieran conocido, antes hubieran procurado estorbar su muerte, como lo dijo el apóstol (1 Cor 2, 8), que incitar a los judíos para que se la dieran más cruel, como adelante declararemos en su lugar (Cf. infra n. 1228, 1251, 1259, 1273), y pretendieran impedir la redención, y manifestar al mundo que era Cristo verdadero Dios. Y por esto, cuando le conoció y confesó San Pedro (Mt 16, 16), le mandó a él y a los demás apóstoles que a nadie lo dijeren; y aunque por los milagros que hacía el Salvador, y por los demonios que expelía de los cuerpos, como refiere san Lucas (Lc 4, 33-55; 8, 30-37), venían en sospechas de que era el Mesías y le llamaban Hijo de Dios altísimo, no consentía Su Majestad que dijeren esto; ni tampoco lo afirmaban con certeza que tuviesen, porque luego se les desvanecían las sospechas con ver

a Cristo nuestro Señor pobre, despreciado y fatigado, porque nunca penetraron el misterio de la humildad del Salvador; su soberbia desvanecida se le deslumbraba.

327. Pues como Lucifer no conocía la dignidad de Madre de Dios en María santísima, cuando la previno esta persecución, aunque fue terrible como se verá (Cf. infra n. 335-374), con todo eso fue más cruel otra que después padeció sabiendo quién era (Cf. infra p. II n. 452ss). Y si en esta ocasión de que voy hablando entendiera que ella era la que había visto en el cielo vestida

>> sigue parte 8 >>